

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 957.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

## SUMARIO.

**Memorandum.** — Aspecto exterior de la puerta Maillot con las banderas de los francmasones; grabado. — Bibliotecas. — Un dia con sir Walter Scott. — La barricada de la calle Castiglione; grabado. — Las barricadas de la plaza Vendome; grabado. — La casa de M. Thiers ocupada por las tropas de la Commune; grabado. — La guerra civil; grabados. — Revista de Paris. — Poesias. — El bombardeo; grabados. — El marido. — Casas bombardeadas en la esquina de las avenidas del Roule y de Sainte-Foy; grabado. — Aspecto de una casa bombardeada en la avenida Sainte-Foy; grabado. — El ejército irregular del gran ducado de Gerolstein; grabados. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Problemas de ajedrez; grabado. — Bellas artes: El «Krisnah», pintura india; grabado.

## Memorandum.

(Continuacion. — Véase el número 956.)

SABADO 15 DE ABRIL.

Decreto de la Commune sobre las prisiones.  
Toda prision deberá notificarse al delegado de la Justicia, que obrará con arreglo á las leyes, y la que no se

notifique será considerada como arbitraria y los que la hayan operado serán perseguidos.

Se establece en cada alcaldía una oficina para el despacho de pasaportes.

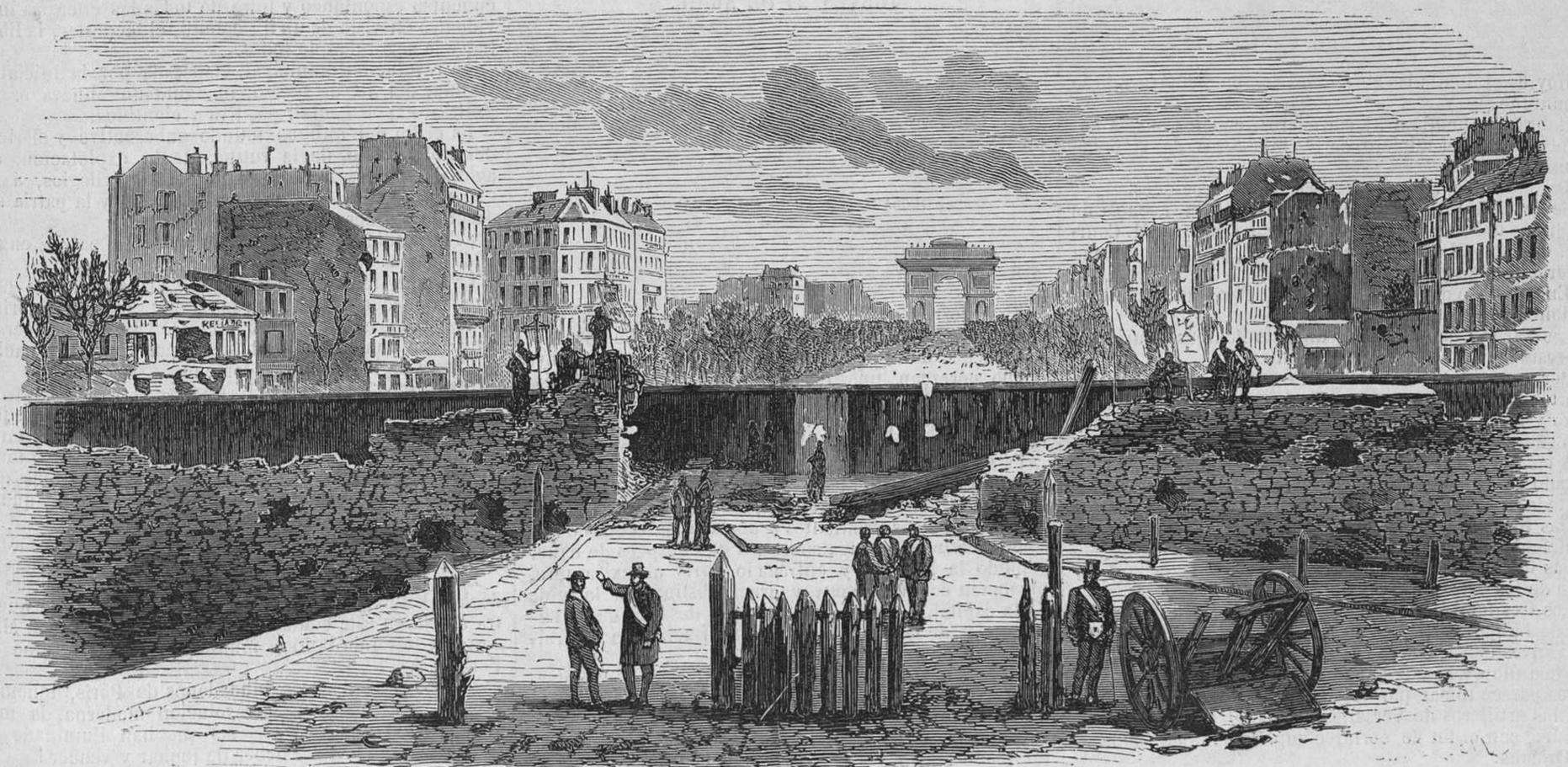
Se recibe en Paris la contestacion de M. Thiers á una carta del arzobispo Darboy, en que le suplicaba no fusilase á los prisioneros federales, pues él y otros sacerdotes se hallaban presos en rehenes.

Hé aquí el contenido de la contestacion de M. Thiers:

\*\*\*

Monseñor:

He recibido la carta que el sacerdote de Montmartre me ha entregado en vuestro nombre, y me apresuro á



GUERRA CIVIL. — Aspecto exterior de la puerta Maillot con las banderas de los francmasones.

responderos con la sinceridad de que no me apartaré nunca.

Los hechos, sobre los cuales llamais mi atencion, son del todo falsos, y me sorprende que un prelado tan inteligente como vos, monseñor, haya admitido por un solo momento que pudiesen tener un carácter de verdad. El ejército no ha cometido ni cometerá nunca los crímenes odiosos que le imputan hombres calumniadores voluntariamente ó extraviados por la calumnia en cuyo seno los hacen vivir.

Nunca han fusilado nuestros soldados á los prisioneros, ni tratado de rematar á los heridos. Que en el ardor de la pelea se hayan servido de sus armas contra los hombres que asesinan á sus generales y no temen hacer suceder los horrores de la guerra civil á los horrores de la guerra extranjera, es posible; pero terminado el combate entran en la generosidad del carácter nacional, y tenemos aquí la prueba material expuesta á todas las miradas.

Los hospitales de Versalles contienen una cantidad de heridos pertenecientes á la insurreccion, y que son curados como los mismos defensores del orden. No es todo; hemos tenido en nuestro poder 4,600 prisioneros que han sido trasportados á Belle-Isle y algunos puertos marítimos, donde son tratados como prisioneros ordinarios, y aun mucho mejor que no lo serian los nuestros, si hubiéramos tenido la desgracia de dejarlos en poder de la insurreccion.

Rechazo pues, monseñor, las calumnias que os han comunicado, afirmo que nuestros soldados no han fusilado nunca á los prisioneros, que todas las víctimas de esta horrible guerra civil han sucumbido en el calor del combate; que nuestros soldados no han cesado de inspirarse de los principios de humanidad que nos animan á todos, y que son los únicos que convienen á las convicciones y á los sentimientos del gobierno libremente elegido que tengo el honor de representar.

He declarado y declaro aun, que todos los hombres extraviados que reconociendo sus errores rindan sus armas, tendrán asegurada su vida, á menos que no fuesen *judicialmente* convencidos de participacion en los abominables asesinatos que deploran todas las gentes honradas; que los obreros indigentes recibirian durante algun tiempo aun el subsidio que los ha mantenido durante el sitio, y que todo seria olvidado una vez restablecido el orden.

Esta es la declaracion que he hecho, que renuevo, y á la que seré fiel, suceda lo que suceda, y niego rotundamente los hechos que sean contrarios á estas palabras.

Recibid, monseñor, la expresion de mi respeto, y del dolor que experimento viéndoos víctima de ese horrible sistema de rehenes, copiado del régimen del terror, y que parecia no deber reproducirse en nuestro pais.

El presidente del Consejo, jefe del poder ejecutivo de la República francesa,

A. THIERS.

Versalles 14 de abril de 1871.

#### DOMINGO 16 DE ABRIL.

Hoy es el dia de las elecciones complementarias de la Commune.

Habrà que nombrar 31 consejeros, con los cuales ascenderá á 94 el número de los miembros de la Commune.

Los electores son muy escasos en las secciones.

Se celebra en el grande anfiteatro de la Escuela de Medicina una reunion de artistas provocada por M. Courbet, con autorizacion de la Commune, para instituir una federacion de los artistas parisienses.

En la noche de este dia se oye en Paris un espantoso cañoneo.

Las Ternes han recibido algunas bombas, muriendo de resultas varias personas inocentes.

Por la quinta vez se ha renovado el ataque de los fuertes del Sur, si ataque puede llamarse. Mucho cañonazo y tiro de fusilería, sin que las tropas de Versalles se alteren en sus posiciones.

A las once y media la avanzada de Moulinaux ha disparado los primeros tiros, y en breve han ido recorriendo toda la línea, de puesto en puesto, hasta las trincheras de las Hautes-Bruyeres, que son el punto extremo de la defensa federal de la orilla izquierda.

Las fuerzas que han tomado parte en la accion del lado de los versalleses se creen ser muy reducidas.

Los tres fuertes han tirado continuamente durante dos horas. La batería del cementerio de Issy y la barricada de Vanves han disparado igualmente sin descanso contra Chatillon y Meudon. El reducto de las Hautes-Bruyeres parece tomar por objetivo la batería que establecen los artilleros de Versalles cerca del ferro-carril de Sceaux, con el fin de cortar completamente el camino de Orleans.

La cañonera situada en el Point-du-Jour ha sufrido

graves averías producidas por las bombas de las piezas de marina que arman el reducto de Brimborion.

#### LÚNES 17 DE ABRIL.

El resultado de las elecciones complementarias es el que debia esperarse en vista de la abstencion casi general de los electores. El número de votantes es insignificante.

El *Journal Officiel* contiene un decreto convocando á las cámaras sindicales obreras con el encargo de constituir sociedades cooperativas para la explotacion de los talleres que han abandonado los amos.

Se manda recoger las armas de los batallones disueltos.

Se autoriza la formacion de un tribunal marcial.

Un parte de Dombrowski anuncia que los guardias nacionales han tomado en Neuilly dos banderas á los zuavos pontificios.

#### MARTES 18 DE ABRIL.

Se habla del proyecto de Versalles de sitiar á Paris con el rigor con que lo sitiaron los prusianos. La poblacion se conmueve con esta noticia y el delegado del ministerio de Comercio hace la declaracion siguiente:

« Corren desde hace algunos dias rumores alarmantes sobre un nuevo sitio, y si fueran fundados harian subir el precio de las subsistencias. Para reducirlos á su justo valor diremos que se han hecho contratos para abastecer á Paris por el Norte y por el Este. »

#### MIÉRCOLES 19 DE ABRIL.

Se suprimen cuatro periódicos mas, á saber: *l'Opinion nationale*, el *Soir*, la *Cloche* y el *Bien Public*.

Se sabe que el tribunal marcial ha condenado á muerte al comandante Giraud, del batallon núm. 74, por desobediencia al recibir la órden de que marchara contra el enemigo.

#### JUÉVES 20 DE ABRIL.

La Commune de Paris publica el siguiente documento con el título de

##### DECLARACION AL PUEBLO FRANCÉS.

\*\*

En el terrible y doloroso conflicto que impone una vez mas á Paris los horrores del sitio y del bombardeo, que hace se derrame la sangre francesa, que contribuye á que perezcan nuestros hermanos, mujeres é hijos reventados por las bombas y la metralla, es necesario que la opinion pública no esté dividida, ni se halle turbada la conciencia nacional.

Es necesario que Paris y la nacion entera sepa cuál es la naturaleza, la razon, el fin de la revolucion que se realiza. Es necesario, en fin, que la responsabilidad del luto, de los sufrimientos y de las desgracias de que somos víctimas, recaiga sobre los que despues de haber vendido la Francia y entregado Paris al extranjero, prosiguen con una ciega y cruel obstinacion la ruina de la capital, á fin de sepultar en el desastre de la República y de la libertad el doble testimonio de su traicion y de su crimen.

El municipio tiene el deber de afirmar y de determinar las aspiraciones y los deseos de la poblacion de Paris; de precisar el carácter del movimiento del 18 de marzo, mal comprendido, desconocido y calumniado por los hombres políticos que residen en Versalles.

Hoy aun, Paris trabaja y sufre por la Francia entera á la que prepara, con sus combates y con sus sacrificios, la regeneracion intelectual, moral, administrativa y económica, la gloria y prosperidad.

¿Qué pide Paris?

El reconocimiento y la consolidacion de la República, única forma de gobierno compatible con los derechos del pueblo y el desarrollo regular y libre de la sociedad.

La autonomia absoluta de la municipalidad extensiva á todas las localidades de la Francia, y asegurando á cada una la integridad de sus derechos, y á todo francés el pleno ejercicio de sus facultades y de sus aptitudes, como hombre, ciudadano y trabajador.

La autonomia de la municipalidad no tendrá por límites mas que el derecho de la autonomia legal para todos los otros municipios adherentes al contrato, cuya asociacion debe asegurar la unidad francesa.

Los derechos inherentes á la municipalidad, son:

El voto del presupuesto municipal, recaudaciones y gastos; la reparticion del impuesto; la direccion de los servicios locales: la organizacion de su magistratura, de la policia interior y de la enseñanza; la administracion de los bienes pertenecientes á la municipalidad.

El concurso para la eleccion con la responsabilidad y el derecho permanente del exámen y de la revocacion de los magistrados ó funcionarios municipales de todas órdenes.

La garantía absoluta de la libertad individual, de la libertad de conciencia y de la libertad del trabajo.

La intervencion permanente de los ciudadanos en los negocios municipales por la libre manifestacion de sus ideas, la libre defensa de sus intereses, garantías dadas á estas manifestaciones por la municipalidad, la sola encargada de vigilar y asegurar el libre y justo ejercicio del derecho de reunion y de publicidad.

La organizacion de la defensa urbana y de la guardia nacional, que elige sus jefes y vela por el mantenimiento del orden en la ciudad.

Paris no quiere nada mas á título de garantías locales, con la condicion bien entendida, de hallar en la gran administracion central, delegacion de los municipios federados, la realizacion y la práctica de los mismos principios.

Pero merced á su autonomia y aprovechando de su libertad de accion, Paris se reserva obrar como le plazca en su propiedad, las reformas administrativas y económicas que reclama su poblacion; crear instituciones propias á desarrollar y propagar la instruccion universal el poder y la propiedad, segun las necesidades del momento, el deseo de los interesados y los datos proporcionados por la experiencia.

Nuestros enemigos se engañan ó engañan al pais, cuando acusan á Paris de querer imponer su voluntad ó su supremacia al resto de la nacion, y pretender á una dictadura que seria un verdadero atentado contra la independencia y la soberanía de los otros municipios.

Se engañan ó engañan al pais cuando acusan á Paris de proseguir la destruccion de la unidad francesa constituida por la revolucion, con las aclamaciones de nuestros padres, venidos á la fiesta de la federacion de todos los puntos de la vieja Francia.

La unidad, tal como nos ha sido impuesta hasta hoy por el imperio, la monarquía y el parlamentarismo, no es mas que la centralizacion despótica, ininteligente, arbitraria y onerosa.

La unidad política, tal como la quiere Paris, es la asociacion voluntaria de todas las iniciativas locales, el concurso espontáneo y libre de todas las energías individuales en vista de un fin comun, el bienestar, la libertad y la seguridad de todos.

La revolucion municipal, empezada por la iniciativa popular del 18 de marzo, inaugura una nueva era de política experimental, positiva y científica.

Es el fin del antiguo mundo gubernativo y clerical, del militarismo, de la rutina, de la explotacion, del agiotaje, de los monopolios, de los privilegios, á los que el proletariado debe su servidumbre, y la patria sus desgracias y desastres.

¡Tranquilícese, pues, nuestra querida patria, engañada por las calumnias y mentiras!

La lucha trabada entre Paris y Versalles es de esas que no pueden terminarse por compromisos ilusorios; el resultado no puede ser dudoso. La victoria, perseguida con una energía indomable por la guardia nacional, será de la idea y del derecho.

¡Acudimos á la Francia!

¡Advertida de que Paris armado posee tanta tranquilidad como valentía; que sostiene el orden con tanta energía como entusiasmo; que se sacrifica con tanta razon como heroísmo, que no se ha armado mas que por adhesion á la libertad y á la gloria de todos, que la Francia detenga este sangriento conflicto!

A la Francia toca desarmar á Versalles por la manifestacion solemne de su irresistible voluntad.

Llamada á disfrutar de nuestras conquistas, que se declare solidaria de nuestros esfuerzos; ¡que sea nuestra aliada en este combate que no puede finalizar sino con el triunfo de la idea municipal ó con la ruina de Paris!

En cuanto á nosotros, ciudadanos de Paris, tenemos la mision de cumplir la revolucion moderna, la mas grande y fecunda de todas las que han iluminado la historia. ¡Tenemos el deber de luchar y vencer!

La Commune de Paris.

El *Journal Officiel* da el resultado de las elecciones del 16 en los siguientes términos:

\*\*

La comision nombrada para validar las elecciones del 16 de abril, dió el dictámen siguiente:

Considerando que en ciertos distritos un crecido número de electores se han librado, huyendo de sus deberes de ciudadanos y soldados, y que en las graves circunstancias que atravesamos no debemos tener en cuenta para la validez de las elecciones el número de los electores inscritos; declaramos que está en el deber de la Commune el validar todas las elecciones que han obtenido la mayoría absoluta sobre el número de votantes.

Bajo este concepto han obtenido la mayoría absoluta:

PRIMER DISTRITO.

4 consejeros; votantes 3,274, mitad mas uno, 1,636. Son elegidos los ciudadanos

Vésinier . . . . .	2,626
Cluseret . . . . .	1,968
Pillot . . . . .	1,748
Andrieu . . . . .	1,736

SEGUNDO DISTRITO.

4 consejeros; votantes 3,604, mitad mas uno, 1,801. Son elegidos los ciudadanos

Pothier . . . . .	3,352
Serrailler . . . . .	3,141
Durand . . . . .	2,874
Johannard . . . . .	2,804

TERCER DISTRITO.

No hay eleccion.

SEXTO DISTRITO.

3 consejeros; votantes 3,469, mitad mas uno, 1,735.

Courbet . . . . .	2,418
Rogead . . . . .	2,292

SÉTIMO DISTRITO.

Un consejero; votantes 4,939, mitad mas uno, 970.

Sicard . . . . .	1,699
------------------	-------

OCTAVO DISTRITO.

No hay eleccion.

NOVENO DISTRITO.

5 consejeros; votantes 3,176, mitad mas uno, 1,589.

Briosne . . . . .	2,456
-------------------	-------

DUODÉCIMO DISTRITO

2 consejeros; votantes 5,423, mitad mas uno, 2,762.

Phillppe . . . . .	3,483
Lonclas . . . . .	2,840

DÉCIMO TERCIO DISTRITO.

No hay eleccion.

DÉCIMO SEXTO DISTRITO.

2 consejeros; votantes 4,590, mitad mas uno, 796.

Longuet . . . . .	4,058
-------------------	-------

DÉCIMO SÉTIMO DISTRITO.

2 consejeros; votantes 4,848, mitad mas uno, 2,425.

Dupont . . . . .	3,450
------------------	-------

DÉCIMO OCTAVO DISTRITO.

2 consejeros; votantes 10,068, mitad mas uno, 5,035.

Cluseret . . . . .	8,480
Arnold . . . . .	5,402

DÉCIMO NOVO DISTRITO.

Un consejero; votantes 7,090, mitad mas uno, 3,546.

Menotti Garibaldi . . . . .	6,076
-----------------------------	-------

VIGÉSIMO DISTRITO.

2 consejeros; votantes 9,204, mitad mas uno, 4,603.

Viard . . . . .	6,968
Trinquet . . . . .	6,774

VIÉRNES 24 DE ABRIL.

Se nombra una compañía para el servicio de los globos, que se organiza como en tiempo del sitio.

En la sesion de la Commune de este dia se hacen otros nombramientos para las comisiones (ministerios), que recaen en los ciudadanos siguientes:

*Guerra.* — Delescluze, Tridon, Avrial, Ranvier, Arnold.

*Hacienda.* — Beslay, Billioray, Victor Clément, Le-français, Félix Pyat.

*Seguridad general.* — Cournet, Vermorel, Ferré, Trinquet, Dupont.

*Enseñanza.* — Courbet, Verdure, Jules Miot, Vallés, J.-B. Clément.

*Subsistencias.* — Varlin, Parisel, V. Clément. Arthur Arnould, Champy.

*Justicia.* — Gambon, Dereure, Clémence, Langevin, Durand.

*Trabajo y cambio.* — Theisz, Malon, Serrailler, Ch. Longuet, Chalain.

*Relaciones exteriores.* — Meillet, Charles Gérardin, Amouroux, Johannard, Vallés.

*Servicios públicos.* — Ostyn, Vésinier, Rastoul, Ant. Arnaud, Pothier.

(Se continuará.)

**Bibliotecas.**

La biblioteca mas antigua de que hace mencion la historia es la que, segun dicen, fundó el rey de Egipto Osymandias. Pisitrato estableció en Atenas la primera que conoció Grecia: Jerjes mandó trasportarla á Persia, y Seleuco Nicanor la devolvió á los atenienses. El alto precio, la escasez de los manuscritos, la dificultad de reunir un número considerable de ellos, capaz de constituir una coleccion digna del nombre de biblioteca, hacen admirable la magnificencia de los Ptolomeos que juntaron en Alejandria, su capital, mas de cien mil volúmenes de literatura latina, griega, india y egipcia. La mayor parte de esta biblioteca, inmensa para aquella época, estaba colocada en el Bruchion, barrio el mas bello de Alejandria, y pereció abrasada durante el sitio de esta ciudad por Julio César; pero algun tiempo despues la reemplazó la biblioteca de Pérgamo, que Marco-Antonio regaló á Cleopatra. El resto de aquella se hallaba en el Serapion, templo del dios Serapis. Cuando el emperador Teodosio el Grande mandó demoler en todo el imperio los templos de los dioses del paganismo, lanzóse sobre el Serapion una bandada de fanáticos cristianos que, destruyéndolo completamente, sepultaron la biblioteca entre sus ruinas. Con poca razon, pues, se atribuye á los árabes un exceso en que los cristianos tuvieron poca parte.

Las primeras bibliotecas de Roma se debieron á Asinio Polion y á Lúculo, que habia despojado de ellas á los pueblos vencidos. Julio César formó una muy considerable, y nombró bibliotecario al sabio Varron. El incendio de Neron destruyó muchas que Domiciano restableció despues. Trajano fundó tambien una muy grande, la Ulpiana, compuesta, segun aseguran, de cien mil volúmenes. Contaba Roma en el siglo IV veinte y ocho públicas y un número no escaso de particulares, tesoros de ciencia destruidos casi en totalidad por los bárbaros y los iconoclastas.

Pero ya en el siglo IX el emperador Basilio el Macedonio, y en el siglo XI la ilustrada familia de los Comnenos se ocupaban, con un celo y una actividad dignos de elogio, en reunir los manuscritos que escaparon del naufragio y en ponerlos en seguro en los conventos de las islas del archipiélago y del monte Athos. Los árabes habian formado tambien en Alejandria una biblioteca de libros árabes; y el califa Al-Mamun compraba y conducia á Bagdad gran número de manuscritos griegos. Trípoli y el Cairo poseian además otras dos muy copiosas (de 110,000 volúmenes cada una).

El Occidente rivalizaba en tanto con el Oriente, y vemos á Carlomagno desde la segunda mitad del siglo VIII dedicar todos sus esfuerzos á la restauracion de bibliotecas. La mas afamada en Francia era la de San German de los Prados. Alemania, como mas rica, ostentaba orgullosa la de Fulda y la de Korvey, y desde el siglo XI la de Hirschau. En el XII tenian los árabes en España setenta bibliotecas públicas; y una sola, la de Córdoba, contaba mas de cien mil volúmenes. Ricardo Aungerville en Inglaterra; Petrarca, Bocacio y

otros en Italia desplegaban no menor celo en busca de manuscritos diseminados; por último, como la invencion de la imprenta hizo menos difícil y costosa la formacion de las bibliotecas, pronto se las vió ascender en todas partes á un número muy crecido.

TABLA CRONOLÓGICA DE LA FUNDACION DE LAS PRINCIPALES BIBLIOTECAS.

Heidelberg. La Palatina, fundada en 1390, diseminada en 1623, renovada en 1662, restaurada y aumentada en 1816.

Roma. La del Vaticano, trasportada de Aviñon á Roma en 1447, considerablemente aumentada en 1447.

Ratisbona. La de la ciudad, fundada en 1430.

Turin. La de la Universidad, fundada en 1436: en sus principios fué biblioteca particular de los duques y reyes, y se hizo considerable en 1580.

Viena. La Imperial, fundada en 1440: hízose pública en 1575.

Florencia. La Laurenciana, fundada en 1444, diseminada en 1497, restaurada en 1500 y abierta al público en 1571.

Cesena. La de Malatestina, fundada en 1452.

Venecia. La Marciana, fundada en 1468. El cardenal Bessarion la legó en su testamento á la iglesia de San Márcos.

Oxford. La de la Universidad, fundada en 1480, abierta al público en 1602.

Copenhaghe. La de la Universidad, fundada en 1483.

Francfort sobre el Mein. La de la ciudad, fundada en 1484.

Marburgo. La de la Universidad, fundada en 1527.

Estrasburgo. La de la ciudad, fundada en 1531.

Leipsick. La de la Universidad, fundada en 1544.

Jena. La de la Universidad, fundada en 1548.

Dresde. La Real, fundada en 1556.

Edimburgo. La de la Universidad, fundada en 1586.

Paris. La del Rey, fundada en 1595.

Mónaco. La Central, fundada en 1595.

Escorial. La del Monasterio, fundada en 1596.

Wolfenbuttel. La Ducal, fundada en 1604.

Milan. La Ambrosiana, fundada en 1609.

Lyon. La de la ciudad, fundada en 1609.

Roma. La Angélica, fundada en 1620.

Upsal. La de la Universidad, fundada en 1621.

Padua. La de la Universidad, fundada en 1629.

Copenhague. La Real, fundada en 1648.

Berlin. La Real, fundada en 1661.

Paris. La Mazarina, fundada en 1661, abierta al público en 1668.

Gotha. La Ducal, fundada en 1680.

Edimburgo. La de los Abogados, fundada en 1682.

Weimar. La Gran-ducal, fundada en 1691.

Madrid. La Real, fundada en 1712.

Florencia. La Magliabecchiana, fundada en 1714, abierta al público en 1747.

Constantinopla. La Imperial en lo interior del serrallo, fundada en 1719.

Bolonia. La de la Universidad, fundada en 1725.

Petersburgo. La Imperial, fundada en 1728.

Gottinga. La de la Universidad, fundada en 1736.

Lóndres. La del Museo británico, fundada en 1759.

Milan. La de Brera, fundada en 1763, y abierta al público en 1770.

Stuttgart. La Real, fundada en Luisburgo en 1765, trasladada á Stuttgart en 1778.

Difícil es determinar con exactitud el número de volúmenes que cada una de estas bibliotecas encierra, pues los autores que las han visto y descrito dan cantidades muy contradictorias. Unos hacen subir el número de libros que componen la del Vaticano no mas que á 40,000: otros á 400,000; y algunos la tienen por la mas rica del mundo. Comparando datos tan diferentes, puede creerse que no estará lejos de la verdad quien calcule del modo siguiente:

Paris. Biblioteca del Rey, 626,000 volúmenes y 80,000 manuscritos.

Mónaco. Central, 540,000 id. y 16,000 id.

Petersburgo. Imperial, 432,000 id. y 15,000 id.

Copenhaghe. Real, 410,000 id. y 16,000 id.

Munich. De la Côte, 400,000 id. y 9,000 id.

Viena. Imperial, 284,000 id. y 16,000 id.

Berlin. Real. 280,000 id. y 5,000 id.

Dresde. Real, 260,000 id. y 2,700 id.

Gottinga. De la Universidad, 250,000 id. y 5,000 id.

Lóndres. Del Museo, 220,000 id. y 22,000 id., sin contar 19,099 mapas, diplomas y documentos originales.

Oxford. De la Universidad, 200,000 id. y 25,000 id.

Wolfenbuttel. Ducal, 200,000 id. y 2,500 id.

Paris. Del Arsenal, 186,000 id. y 5,000 id.

Stuttgart. Real, 174,000 id. y 1,800 id.

Milan. De Brera, 169,000 id. y 1,000 id.

Nápoles. Del Museo, 165,000 id. y 3,000 id.

Florencia. Magliabecchiana, 150,000 id. y 12,000 id.

Breslau. De la Universidad, 150,000 id. y 2,300 id.

Mónaco. De la Universidad. 150,000 id. y 2,000 id.

Edimburgo. De los Abogados, 150,000 id. y 6,000 id.

Bolonia. De la Universidad, 150,000 id. y 9,000 id.

Escorial. Del Monasterio, 130,000 id. y un número desconocido de manuscritos árabes.

Praga. De la Academia, 130,000 id. y 8,000 id.

Fuera de Europa, las principales bibliotecas son las de Pekin, de Jedo y de Miaco. La primera cuenta

280,000 volúmenes y no hay datos acerca de las otras dos, aunque se cree que cada una de ellas contiene más de 400,000. También los Estados Unidos de América poseen numerosas bibliotecas; pero todas poco considerables, por lo cual no merecen lugar en esta noticia.

### Un día

CON SIR WALTER SCOTT.

Un año ó dos antes de que sir Walter, conocido anteriormente por M. Scott á secas, se declarase autor de la novela *Waverley*, tuvo la dicha de pasar casi un día entero en su compañía en Jedburgh. Después de comer, algunos jóvenes y él fuimos á visitar á un caballero que vivía en un antiguo castillo, donde la desgraciada reina de Escocia María Estuardo había permanecido enferma una temporada, y donde se conservaban también preciosas antigüedades.

Scott no conocía á la persona á quien íbamos á ver, la cual estaba abrumada de pesares domésticos, y evitaba todo trato con los extraños. Sin embargo, como había sabido que el novelista vivía en la vecindad, le convidó á que con sus amigos fuese á ver el aposento consagrado por el infortunio de la majestad, y las reliquias históricas en él depositadas.

Cuando subíamos la escalera de piedra por donde se llegaba al aposento principal del antiguo edificio, pronunció el poeta estas palabras en tono natural, pero muy sentido:

— ¡Ah! ¡pobre María, cuánto sufrió aquí!

Y apenas llegamos á la angosta cámara donde luchara con su dolencia, la sensibilidad de Scott adquirió mayor grado de expresión. Entre los objetos antiguos que allí se le enseñaron, estaba la pistola de Claverhouse, hallada en el campo de Killcrankie. Yo observaba atentamente al grande autor desconocido, mientras él fijaba su atención en aquel instrumento de muerte, que en una ocasión terrible había armado la sangrienta mano del caballeresco Claverhouse. Al devolverla á su dueño, salieron del oprimido pecho de sir Scott algunos suspiros de dolor.

Pero el huésped, devolviendo la pistola á sir Scott, le dijo:

— Hacedme el obsequio de aceptarla y conservarla en vuestro museo, donde tendrá colocación más digna.

Sir Scott respondió con viveza:

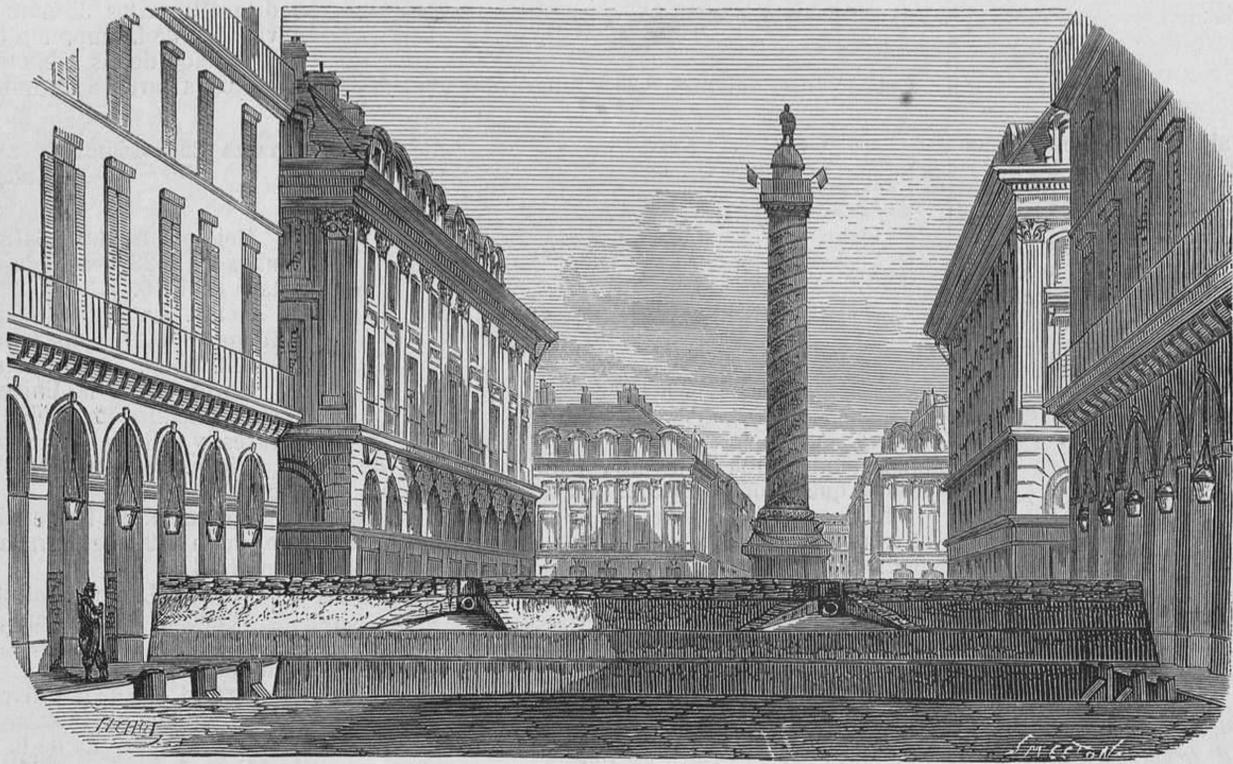
— No, no la tomaré; tengo sin duda algunas pretensiones al título de anticuario, pero me espanta la mendacidad.

— No me neguéis este favor, replicó el caballero; nadie puede mejor que vos guardar la pistola de Claverhouse, y no creo que me hagáis semejante desaire.

— ¡En horabuena! dijo sir Scott en tono de alegría con alguna mezcla de orgullo, admito el precioso regalo, pero con la única condición de que lo más pronto que sea posible pasará Vd. quince días en mi casa de Abbotsford, para ver todo lo que allí haya digno de curiosidad.

El convite quedó aceptado.

Durante la comida, contó la dueña de la casa á sir Scott que una señorita de los alrededores, después de haberse visto perseguida por un toro furioso pasó una enfermedad, en la cual sus cabellos se volvieron cenicientos, y que muy presto se le pondrían enteramente blancos, si su color natural continuaba sufriendo la gra-



LA GUERRA CIVIL. — La barricada de la calle Castiglione.

dual alteración que en ellos se notaba. Este incidente elevó á sir Scott á disertar sobre el asunto, y á referir en seguida algunas anécdotas con aquel estilo peculiar tan gracioso como admirable, que hacía su conversación la más entretenida é instructiva del mundo. Contaba sus cuentos sin afectación, con decoro y con toda la riqueza y propiedad de expresión, movable y variada en su pensamiento hasta el infinito.

— Esto me recuerda, dijo con su acostumbrada introducción, una historia bastante curiosa. No acabo de creer que los cabellos puedan ponerse repentinamente cenicientos por efecto de súbito terror, como en las novelas se lee. Pero el toro furioso me ha recordado un suceso semejante, de que fui testigo en Edimburgo.

Íbame yo desde la ciudad vieja á la nueva, cuando ví un toro que había penetrado en una cerca, acosado por los mozos del matadero, cuyo bárbaro trato le había puesto furioso. La vista de la turba reunida en torno aumentaba su furor. Al cabo de mil tentativas, los mozos empezaron á echarle cuerdas al rededor del cuello y en las astas, procurando derribarle para darle muerte allí mismo. Entonces subió de punto su furor: chispeaban sus ojos, salían de su boca torrentes de espumarajo, escarbaba la tierra con las manos, lanzando el polvo á grande altura, y saltaba con tal fuerza que hacía estremecer el suelo. Era este para mí, lo aseguro, un espectáculo tan poco agradable, que no tardé en continuar mi camino para entrar en casa. Pero antes de alejarme mucho, un grito de alerta me obligó á mirar atrás, y ví al terrible animal que venía flechado hácia mí, y ya á muy poca distancia del punto donde me hallaba. No me quedó más tiempo que el preciso para en-

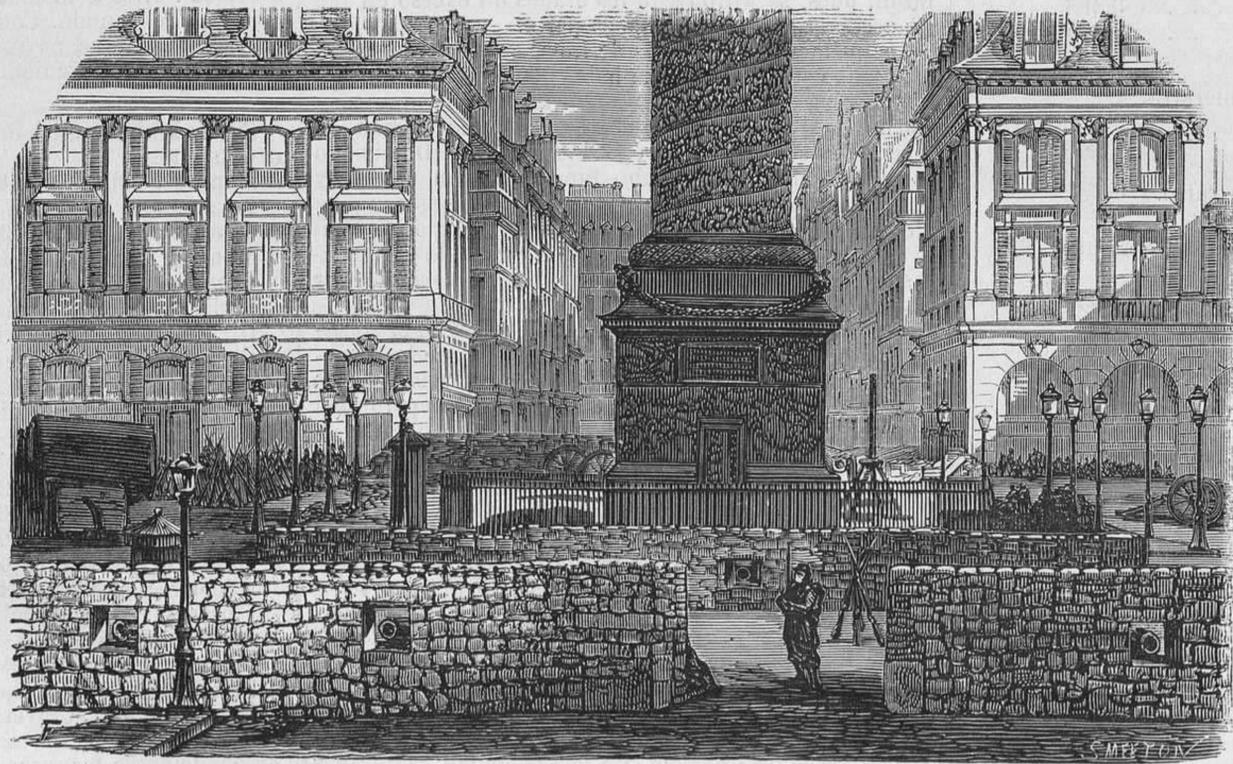
recta sobre la desgraciada joven; pero por muy certera que tuviese la vista, hubo de equivocarse tal vez en una sola pulgada, y en el momento de lanzarse sobre su víctima, salió del gentío un espantoso grito de terror. Era sin duda horrible el espectáculo que ofrecía un ser, el más débil y delicado de la creación, en presencia de la naturaleza bruta y furiosa. Bien puede llamarse milagroso el desenlace de tal suceso; pues la joven no recibió la menor lesión. El terrible animal había calculado tan perfectamente su dirección, que los dos cuernos fueron á chocar contra el muro por ambos lados, teniendo como abrazada, pero resguardándola de todo daño con su extremada longitud. Retembló el muro con el golpe; mas la fuerza misma del empuje rechazó al toro, que dando un salto hácia atrás, cayó para no volver á levantarse, pues le acribillaron de heridas así que vino al suelo. Pero, á decir verdad, ignoro si el cabello de la joven se puso blanco de resultas de su horroroso susto. A propósito de susto, continuó, esto me recuerda un lance curioso, cuyo héroe me tocó ser.

La atención de los oyentes subió aquí de punto y sir Scott comenzó otra narración:

— Hace algunos años recorría yo las tierras altas, en compañía de un amigo que ya no existe. Era de aquellos hombres chapados á la antigua, almacén de conocimientos clásicos, de larga lectura, y más aun de virtudes morales; pues he tenido la fortuna de adquirir amistades de personas que siempre me sirvieron de modelo. ¡Ay! cuento ahora tantos desertores de este cuerpo, y desertores que nunca volverán, que preferiría reunirme con ellos á permanecer en esta tierra de desengaño y tribulación. Estábamos mi amigo y yo en

medio de aquellas rocas quebradas que constituyen la parte más selvática de las tierras altas, donde hay un derrumbadero que ningún curioso deja atrás sin examinarlo detenidamente. Mas que derrumbadero puede llamarse un abismo espantoso, profundo y negro en medio de los peñascos. Diríase que en él ha hervido antiguamente un volcán; pero que en el curso de los siglos ha vomitado toda su lava, formando en derredor picos fantásticos y dejando la hornilla enteramente vacía. Es como una boca horrible enteramente abierta, en cuyos labios puede afirmarse el pie del hombre mientras su vista penetra hasta el fondo.

Los viajeros bajan allí por medio de cuerdas como en las minas de carbon. A la maroma principal, que se sujeta en la punta de una roca, va atada con cuatro cordeles una máquina parecida á una



La barricadas de la plaza Vendome.

especie de artesa que cuelga de las cuatro puntas. El que baja se sienta ó queda de pié en aquel sitio entre los cuatro ramales que se unen encima de su cabeza.

Un rusticote viejo de las tierras altas que dirigia esta maniobra, dispuso que mi amigo bajase el primero; pero mientras la máquina volvia á subir para mi uso, me asaltó cierto presentimiento, y no pude resistir al deseo de preguntarle si el viaje de mi amigo habia terminado con felicidad.

— ¡Oh! seguramente, respondió el escocés en su jerga: dentro de un minuto os tocará á vos; y á fe que sois doble pesado que él.

— ¿Y sólida la cuerda?

— Nunca se ha roto; la última era mas fuerte cuando se tronchó y dejó caer un hombre á lo mas profundo.

— ¿Y murió de la caída?

— Aunque hubiese tenido cien mil vidas no se hubiera salvado: hizose doscientos pedazos en aquella roca puntiaguda que se ve allá abajo, dijo sosegadamente el celta de corazón de pedernal.

Esto aumentó mi terror: examiné la cuerda y la encontré gastada y vieja.

— ¿De cuándo acá está sirviendo? pregunté al impasible escocés.

— Cinco años hace puntualmente: la otra, cuando se rompió tenia un mes menos.

— Pero ¿por qué no habeis puesto otra nueva antes de exponernos á una tentativa fatal? le repliqué con no escasa irritacion.

— ¡Oh! respondió tranquilamente y como para aumentar mi zozobra, mañana se pondrá la nueva y vos sereis probablemente el último individuo que baje colgado de esta.

En tanto habia subido la máquina y estaba aguardándome. Yo no queria desconcertar á mi amigo dejando de hacer lo que él habia hecho ya, y me ruborizaba por otra parte el manifestar temor en presencia de aquel arrestado habitante de las tierras altas. Colguéme, pues, en la máquina, y cuando comencé á bajar me dijo, sin duda para animarme:

— Ayer bajamos á un hombre mucho mas pesado que vos.

Ya era tarde para volver atrás, y por fin llegué al fondo sano y salvo. Brillaba un sol muy claro, que al través de mil accidentes de luz alumbraba hasta las últimas profundidades del cráter. El hueco de este podria contener ciento cincuenta hombres: el suelo era de menuda arena que relumbraba con los despojos de cristalizaciones y de mica, desprendidos de las paredes del

abismo y de las rocas que se encorvan sobre él y que resplandecen tambien á los rayos del sol con mil luminosos reflejos. Parecia un palacio encantado ó la entrada de una mansion de hadas. Pero confieso que semejante palacio tenia para mí muy pocos atractivos; pues, además de las palabras poco consoladoras del escocés, mi compañero llenó la medida de mi terror haciéndome la relacion siguiente tan conforme con el estado de mi espíritu.

— No hace mucho tiempo que al subir un jóven desde aquí, se puso imprudentemente de pié en la máquina y en el momento que tocaba al borde del abismo, quiso saltar á las rocas sin aguardar. Pero la máquina, que balanceaba todavia por la elasticidad de la cuerda, retrocedió en un vaiven, y el infeliz cayó entre ella y el punto adonde se proponia desembarcar.

— ¡Qué horror! exclamé yo.

— Por esto, continuó mi amigo, es necesario que permanezcáis inmóvil en el asiento, hasta que se pose sólidamente en el suelo. De este modo nada teneis que temer.

Quedéme abajo pensando en el desgraciado jóven, que habia caído allí para no levantarse jamás. Miré las puntas de las rocas con estremecimiento y cuando me llegó el turno de subir, mi cuerpo temblaba, rechi-



LA GUERRA CIVIL. — La casa de M. Thiers ocupada por las tropas de la Commune.

naban mis dientes... en fin, gemia bajo la influencia de un espanto irresistible.

A la bajada habia conservado la vista fija en el fondo del derrumbadero, y cuanto mas á él me acercaba mas valor sentía para la vuelta; pero al subir, cuanto mas miraba hácia arriba, mas cerca estaba el borde del precipicio y mas iba creciendo el peligro. Una vez tocó la cuerda á una roca que rompió uno de los cabos de la trenza. ¿Podrá ahora, dije yo entre mí, resistir á mi peso hasta lo alto? Esta idea me cortó la palabra y la voz. Todo daba vueltas al derredor de mí, llegué á perder la vista y cuando me sacaron de aquella horrible máquina, caí en los brazos de mi amigo, el cual viéndome subir en el asiento en un estado de completo estupor, me arrancó inmediatamente de allí y me tendió sobre la roca.

Quando recobré el sentido y las fuerzas me alejé á la carrera del borde del precipicio, sin dejar de temblar y en una situacion de horrible agonía. Pero no se me blanquearon los cabellos inmediatamente, aunque no dejé de temerlo; pues puedo asegurar que desde mi salida del fondo del palacio encantado y de la mansion de las hadas, hasta tocar la roca en que me tendieron sin conocimiento, permanecieron erizados sobre mi frente.

Así fué el insigne narrador contándonos una anécdota tras otra, y encantándonos con la magia de su educacion. El propietario del castillo donde María Estuardo habia estado enferma, fué algun tiempo despues á pasar quince dias en Abbotsford, y yo envidié su dicha, pues era sir Walter Scott un delicioso contador de cuentos. X.

### La Guerra civil.

NUESTROS GRABADOS.

Las barricadas se multiplican en Paris, y ¡qué barricadas! Cuando se ha visitado la plaza Vendome y se han visto los formidables obstáculos que la han convertido en un campo fortificado, se tiene que convenir en que los federados han tomado sériamente sus precauciones para el terrible caso de que la guerra llegue hasta las calles.

Sin embargo, nosotros queremos conservar la esperanza de que Paris se libraré del peligro de esa conflagracion interior.

El aspecto de esas fortalezas improvisadas es muy accidentado. La guerra civil, despues de la guerra prusiana, absorbe toda la actividad de Paris. Hormigueros de batallones de marcha, cocinas al aire libre, vivanderas armadas con carabinas, simples soldados galopando como estafetas; es enteramente la vida militar, y á la vista de esas fortalezas se piensa involuntariamente en el espantoso cañoneo de Issy, Vanves y Montrouge. Todos los horrores de las insurrecciones anteriores serian nada comparados con los que tendriamos en esta destruccion de que Dios nos preserve.

La lucha en la orilla derecha del Sena continúa en el mismo punto. Las banderas masónicas plantadas en las murallas desde la puerta Dauphine hasta la puerta Maillot, como puede verse en uno de nuestros dibujos, no han detenido el combate, y seguimos oyendo sin interrupcion el estrépito de los cañones y de los fusiles.

Apuntaremos un detalle interesante.

Estos últimos días dijeron los periódicos que á la legada de las banderas masónicas el fuego del ejército se suspendió casi inmediatamente. No fué exacto, y la prueba es que un balazo destruyó una de las banderas. Si disminuyó en intensidad, fué porque apareció la bandera masónica de color blanco y el ejército la tomó por una señal de parlamento. Entonces calló la artillería, y los dos delegados pudieron pasar á las líneas de Versalles.

\*  
\*\*

De todos modos, el fuego continúa, y nuestro dibujo que representa la batería de la avanzada de la puerta Maillot, demuestra que ese combate que dura ya mas de un mes, se prosigue poco mas ó menos en las mismas condiciones. Avanzan y retroceden y siempre se ven en presencia las mismas baterías.

El servicio de esas baterías no se ha interrumpido un solo instante: corre á cargo de los guardias nacionales de los artilleros de la guardia nacional, de los marinos y de los artilleros del ejército, y constituyen uno de los servicios mas peligrosos y terribles.

Los cañones de las tropas de Versalles, colocados enfrente del puente de Neuilly, en el *rond-point* de Courbevoie, y las piezas del Monte Valeriano envían incesantemente una lluvia de proyectiles. Así sucede que el servicio de las municiones presenta los mayores peligros. Cada día el fusil y el cañón hacen ahí numerosas víctimas.

¡Qué de familias de luto, cuántas viudas, cuántos huérfanos! Las filas de los batallones de la guardia nacional se aclaran mas y mas; las ambulancias están llenas de heridos, los entierros abundan, y del fondo de la conciencia popular se eleva un grito cada vez mas penetrante para pedir el fin de esa carnicería fratricida.

R. DE M.

### Revista de Paris.

En esta historia de la guerra civil que venimos haciendo en nuestras revistas, consignando á medida que se producen, todos los acontecimientos en el orden político y militar mas propios para dar á nuestros lectores una idea de todas sus peripecias, nos guardamos cuidadosamente de toda apreciación personal que pueda alterar la fidelidad que nos hemos propuesto en la relacion de los sucesos. Nuestras crónicas son meros apuntes con los cuales el criterio del lector alcanzará á ver el conjunto de este deplorable epílogo de la guerra extranjera. Si alguna inclinación hemos demostrado en nuestro relato de tan tristes hechos, ha sido en favor de una conciliación que hubiera evitado la efusión de sangre, que hubiera cortado su derramamiento una vez rotas las hostilidades el día 2 de abril; pero al ver los resultados negativos de todos cuantos pasos se han dado con aquel fin, y que han sido muchos, entre Paris y Versalles, hemos debido tambien abandonar un deseo puramente humanitario, para presenciar, con todo el dolor de nuestro corazón, que la lucha se prolongará hasta las últimas extremidades.

Ya, con efecto, es inútil fundar la mas leve esperanza en los pacificadores á toda costa. El gobierno legal de Versalles los considera como revolucionarios encubiertos con la máscara de la conciliación, y la Commune de Paris los tiene lisa y llanamente por traidores.

No hay mas porvenir que la solución de la fuerza.

Sin embargo, continuando nuestra tarea de registrar aquí aquellos esfuerzos, vamos á exponer hoy un nuevo plan concertado en las provincias, de una importancia suma, cual no ha tenido ningun otro proyecto de la misma especie.

Tratábase de reunir en Burdeos una especie de congreso de delegados de las principales ciudades de Francia, á fin de elaborar un compromiso entre el gobierno legal y el de la insurrección parisiense.

Hé aquí el programa:

Art. 1º Se convoca en Burdeos un congreso de delegados de las ciudades de Francia, con objeto de deliberar sobre las medidas mas oportunas para terminar la guerra civil asegurar las franquicias municipales y consolidar la República.

Art. 2º Cada ciudad enviará un delegado por 20,000 habitantes. Sin embargo, una fracción suplementaria que exceda de 5,000 dará derecho á un delegado mas. Las cabezas de partido, de departamento ó de distrito de menos de 20,000 habitantes enviarán tambien un delegado.

Art. 3º Como los delegados serán indicados naturalmente por el sufragio de los ciudadanos, las invitaciones nominativas se dirigirán á los consejeros municipales nombrados en las elecciones del 30 de abril de 1871, siguiendo el orden del cuadro, hasta llegar al número de representantes á que tenga derecho la ciudad y hasta agotar la lista en caso de negativa, defunción, dimisión ó impedimento de los primeros inscritos.

Art. 4º A fin de prevenir toda objeción sobre la legalidad de estas asambleas, el congreso conservará el carácter de reunión privada. Nadie será admitido á las sesiones, excepto sus miembros, los representantes de la prensa y otros personajes invitados por la mesa.

Art. 5º El congreso se reunirá en Burdeos en los diez días siguientes á las elecciones del 30 de abril.

Art. 6º Se abrirá una suscripción en cada ciudad para sufragar los gastos del congreso, proporcionadamente al número de delegados de cada una de ellas.

Art. 7º Los electores, los comités y los periódicos están invitados á difundir esta convocatoria y á asegurar la reunión del congreso.

El programa que traducimos íntegro, está fechado en Burdeos el 25 de abril de 1871.

No hemos tardado en saber á qué atenemos sobre la acogida que el gobierno pensaba hacer á la reunión proyectada.

Hé aquí la nota oficial publicada en Versalles sobre la materia:

« Un comité provisional formado en Burdeos congrega en un breve plazo un « comité de la liga patriótica de las ciudades republicanas. » El comité decide en su programa que cada ciudad republicana tendrá un delegado por cada 20,000 habitantes, y que estos delegados se elegirán entre los consejeros municipales nombrados en las elecciones del 30 de abril de 1871, siguiendo el orden del cuadro.

» El congreso, es pues, una reunión de diversos consejos municipales, que van á deliberar entre sí acerca de los asuntos del Estado, y cae sobre la aplicación del artículo 25 de la ley del 5 de mayo de 1855, concebido en los términos siguientes: « Todo consejo municipal que se ponga en correspondencia con uno ó mas consejos, ó que publique proclamas ó manifestaciones, será inmediatamente suspendido por el prefecto. » Además, las declaraciones publicadas al mismo tiempo que su programa por los miembros del comité de organización, establecen que el objeto de la asociación, es mediar, entre la insurrección por una parte y el gobierno de la Asamblea por otra, sustituyendo así la autoridad de la liga á la de la Asamblea nacional, y por lo tanto el deber del gobierno es usar de las facultades que le confiere la ley del 10 de abril de 1834.

» Es un deber á que no faltará seguramente; pues haría traición á la Asamblea, á la Francia y á la civilización, si permitiera que se constituyesen al lado del poder regular nacido del sufragio universal, los *ASSISES* de la rebelión y del comunismo. »

Vemos, pues, que la prohibición es absoluta. El gobierno no tolerará que se reúna un congreso con el programa de hacerse árbitro entre el poder legal representado por la Asamblea de Versalles y la insurrección representada por la Commune parisiense.

Pero ¿ la amenaza será eficaz? ¿ Las ciudades principales de Francia que acaban de elegir municipalidades republicanas, obedecerán á la invitación del comité ó á las órdenes del gobierno? »

Esto es lo que ignoramos á la hora en que trazamos estas líneas; y á juzgar por lo que leemos en los diversos órganos de la opinión, que se ocupan de tan grave asunto, no nos es posible discernir si los invitados á la reunión dejarán de encontrarse el 10 de mayo en Burdeos.

Por una parte se dice que aun cuando esta convocación no hubiese sido nula legalmente, sus autores habrían debido pensar que era justo convocar á todos los consejos comunales y no á unos pocos. Pero aun se ha hecho mas: entre las ciudades populosas se han elegido exclusivamente las que han demostrado su republicanismo en las últimas elecciones comunales. No; el gobierno no podía permitir que los agitadores introdujeran en el país este nuevo elemento de discordias.

A esto se responde en el otro campo que el artículo 25 de la ley del 5 de mayo de 1855, no es aplicable á la reunión de Burdeos, que no ha iniciado ninguna correspondencia entre los consejos municipales, obrando colectivamente en su calidad de cuerpos constituidos, sino que es simplemente una reunión de ciudadanos libres, que no porque pertenezcan á los consejos municipales, están privados del derecho de tomar parte bajo su responsabilidad individual, en una deliberación cualquiera.

A mayor abundamiento, se trata de una reunión privada, como dice el programa, no es una reunión pública, y el gobierno no tiene acción sobre ella. Así pues, los partidarios del congreso aconsejan á los invitados á que marchen seguidamente á Burdeos conforme á su propósito, oponiendo una firme resistencia legal á la medida arbitraria con la que se intenta paralizar sus esfuerzos pacíficos.

Así se expresan los partidarios de la conciliación, pues en cuanto á los hombres que dirigen el movimiento parisiense, ya hemos dicho que son tan enemigos de toda transacción como puede serlo el gobierno de Versalles.

Rechazan hasta una tregua, esto es, unos días de quietud y de calma en las operaciones militares, durante los cuales se puedan convenir las bases de una pacificación que tanto interesa á todos los franceses,

La tregua, dicen, no traería otra cosa que una recrudescencia de guerra, con una probabilidad de muerte para Paris.

Paris durante la tregua acabaría sus recursos y Versalles aumentaría los suyos, porque Paris no puede reclutar sus guardias nacionales sino dentro de la capital, en tanto que Versalles puede levantar soldados en toda Francia.

Paris ha concluido todas las obras de defensa que tenía que hacer, y Versalles emplearía sus hombres y su dinero en concluir las que le faltan.

En resumen, la tregua produciría en Paris el hambre, el desarme y el bloqueo.

Por consiguiente, lo que conviene es luchar, no suspender los combates.

Y no hay duda que estos consejos son los que triunfan, porque la batalla continúa sin perder una hora.

De Versalles nos anuncian que ha llegado el momento decisivo.

Ayer 8 de mayo se ha difundido en Paris una proclama del gobierno á los parisienses, que es como una postrera notificación á los habitantes para que secunden al ejército en el golpe definitivo que prepara

La proclama principia diciendo que el único gobierno legal existente en Francia ha dado ya á Paris los mismos derechos de que disfrutaban todas las demás ciudades y que, sin faltar al principio de la igualdad, es imposible que Paris reclame otros.

Ahora bien, en presencia del gobierno legal la ínfima minoría que oprime á la población, quiere imponer al país sus voluntades. ¡Qué régimen para la Francia! La Commune « viola las propiedades, encarcela á los ciudadanos para hacerse rehenes, transforma en desiertos las calles y las plazas, suspende el trabajo en Paris, detiene la prosperidad, que renacia, retrasa la evacuación del territorio por los alemanes, y expone á la ciudad á un nuevo ataque por su parte, que ellos se ofrecen á ejecutar sin piedad, en el caso que el gobierno no pueda comprimir la insurrección. » En cuanto á las proposiciones de mediación, la proclama dice que el gobierno legal no ha podido sin rebajarse ofrecer otra cosa que la vida á los que dejen las armas y el subsidio á los obreros menesterosos.

El gobierno habría deseado que los mismos parisienses se libertaran de la opresión; pero ya que no es posible, ha reunido para ello un ejército que se encargará de hacerlo.

No bombardeará á Paris, no disparará el cañón mas que para forzar una de las puertas del recinto, y cuenta con que así que los soldados hayan penetrado en la capital, los habitantes se unirán con ellos para destruir una cruel y sangui-naria tiranía.

La proclama termina anunciando que dentro de muy pocos días el ejército libertador estará en Paris, [porque la Francia desea ver terminada cuanto antes la lucha fratricida.

Efectivamente, las operaciones del ejército sitiador parecen haber entrado en el período decisivo.

El domingo último todo se redujo á leves escaramuzas acompañadas de un cañoneo menos intenso que de costumbre; pero en cambio, el lunes el fuego fue terrible.

Todo el día las baterías versallesas de Meudon, Brimborion, Fleury y el molino de Piedra, se encarnizaron contra el fuerte de Issy, reducido ya entonces poco menos que á una ruina,

Los artilleros de la guardia nacional no podían mantenerse en su puesto, y apenas de tiempo en tiempo respondían á tan formidables ataques con un cañonazo disparado en el fuerte ó en los reductos de las avanzadas.

Las cañoneras, situadas al amparo del viaducto de Auteuil y los bastiones de la misma región, sostenían el fuego contra los versalleses; pero la guarnición del fuerte de Issy llegó á encontrarse en una situación desesperada bajo aquella lluvia de proyectiles y preciso fué proceder á la evacuación, que se hizo con el mejor orden.

El martes el delegado de la guerra anunció á la población que la bandera tricolor ondeaba en el fuerte de Issy, lo que no sorprendió á nadie; al contrario, lo maravilloso es que ese fuerte medio desmantelado ya por los prusianos haya podido resistir durante tantos días.

Entre tanto por la parte de Neuilly y de Asnières la lucha de artillería continúa con el mismo furor de costumbre.

La puerta Maillot y la de las Ternes están acerbilladas por los proyectiles.

Las pérdidas son grandes naturalmente; pero no son nada aun, en comparación de las que habrá desgraciadamente el día del asalto, esto es, el día de la lucha suprema.

Y este instante se acerca. El gobierno de Versalles lo dice así, y lo vemos por los preparativos.

Quizás la semana próxima podamos referir á nuestros lectores el sangriento desenlace.

Ahora para concluir diremos que la pérdida del fuerte de Issy ha producido en la Commune una especie de confusión que parece haber desorganizado todos sus servicios.

En la sesión de anoche ha tomado diferentes determinaciones que pueden resumirse en estos términos.

Se ha formado otro comité de salud pública.

Se ha nombrado un delegado civil para la guerra, que se agregará á la comisión militar actual la cual se constituirá en permanencia

Inmediatamente se redactará y publicará una proclama al pueblo.

Se crea un tribunal marcial.

Por último, el nuevo comité de salud pública estará en permanencia en el Hotel de Villa.

El objeto esencial de todas estas disposiciones es dar un nuevo impulso á fin de sostener la lucha hasta el último extremo.

MARIANO URRABIETA.

### Poesías.

#### EL HOMBRE.

Cual el Atlante orgulloso  
Sobre los mares se eleva,  
Y la tierra despreciando  
Por las nubes penetrando  
Su frente hasta el cielo lleva;

Entre la turba de séres  
Que sobre el mundo gravita,  
Así se eleva otro sér  
Que osó al tiempo detener  
Y enfrena al mar si se agita,

Á este ser le llaman hombre,  
Nombre que él mismo se dió;  
Sér que sin alma es un punto,  
Y con alma al mundo junto  
Como un punto á sus piés vió.

El hombre viste la tierra  
Y un yermo cambia en pensil,  
En calor convierte el frío,  
De un arroyuelo hace un río  
Y de un invierno un abril.

Sentado el sol en el cielo  
Mares de luz derramando,  
Asido al tiempo giraba  
Y los siglos anudaba  
Las naciones sepultando;

Mudos temblaron los séres  
Y ni aun verle nadie osó,  
Solo el hombre alzó su frente  
Y en ademán de valiente  
Su vista en el sol clavó.

Cual si fuera el rey del mundo  
El ígneo carro detuvo,  
La senda que sigue vió,  
Su largo curso midió,  
Y el tiempo en sus manos tuvo.

Los inmensos hilos de oro  
Que el sol por el mundo extiende,  
Y forman de luz un mar  
Que sin poderse parar  
Como un torrente descende;

Cual si estuvieran pintados  
En un mezquino papel,  
El hombre los separó,  
Con un vidrio los contó,  
Y hacer luz mandó al pincel.

La tierra que por antorcha  
Tiene el sol con sus colores,  
Que mares por manto tiene,  
Y en sus espaldas sostiene  
Inmensos cuadros de flores;

Ese sér por Dios lanzado  
Al aire en que tiene asiento,  
Á pesar de su grandeza  
Y de tener por cabeza  
Al extenso firmamento;

Cual si fuera en blanco lienzo  
Un negro punto pintado,  
Tal al hombre se ofreció,  
Y como en agua, se vió  
En su mente retratado.

La capa con que embozaba  
Su rostro inculto la tierra,  
Coronada de espadañas  
Y erizada de montañas  
Que á los cielos hacen guerra;

Pronto á la voz de los hombres  
Trocóse en manto de grana,  
Bordado de rica flor,  
Mas hermosa que el color  
Que tiñe hermosa mañana.

Dos grandes mundos lejanos  
En la tierra puso Dios,  
Mas al mar se lanzó un hombre  
Que Colon tiene por nombre,  
Y un mundo formó de dos.

Oculto estaba la ley  
Con que Dios dirige el cielo,  
Mas Newton subió á la esfera,  
Donde hace el sol su carrera  
Y desde allí viendo el suelo,

El lazo que une los astros  
Entre sus manos cogió;  
Al sol vió atada la tierra,  
Y los secretos que encierra  
El Criador, descubrió.

Envidiando el hombre al sér  
Que hará de los mundos viento,  
Montes cual él quiso hacer,  
Y encima de ellos poner  
Un cadáver ceniciento.

Por eso alzó los sepulcros  
Hermanos del grande Nilo,  
Á cuyo pié la laguna  
Que fué su igual en la cuna  
Parece tan solo un hilo.

Montes hizo para tumbas  
Sin duda para mostrar  
Que sus glorias y la muerte  
Correrán la misma suerte  
Sin poderse separar.

En vano férrea segur  
La parca en su mano tiene,  
Y de la tierra arrebata  
Lo mismo al que un pueblo acata  
Que al que pobre al mundo viene;

Los hombres dejarán vivos  
Los semblantes de otros hombres,  
Que habiendo Zeuxis y Apeles,  
Ticianos y Rafeles,  
No quedarán solo nombres.

Rápida marcha la vida  
Arrastrándose al morir,  
Sin llevar en su carrera  
Mas que la hiel duradera  
Que deja tras sí el vivir;

Mas también detiene el hombre  
Su apresurada corriente;  
El mundo á Hipócrates vió  
Que de la muerte paró  
Con sus manos el torrente.

Dentro el mortal de sí mismo  
Un sér inmenso sentía  
Que fuerza á sus fuerzas daba,  
Mas que oculto ante él estaba  
Y mostrarse no quería.

Cual un sol descendió entonces  
Platon divino á la tierra,  
Alma el velo arrancó,  
Y á sus hermanos mostró  
El grande arcano que encierra.

En un cuadro mira el hombre  
Todo el tiempo que ha pasado  
En un puto lo presente,  
Y el porvenir en su mente  
Con lo que fué está enlazado

En el padron del destino  
Sobre el suyo hay solo un nombre,  
Que es el que tiene el gran sér  
Que hizo la tierra nacer  
Y puso tras él al « hombre. »

¿ Mas qué es el hombre de la nada hermano?  
Con ese orgullo que hasta el sol le eleva,  
Y con el signo que su frente lleva  
Por ser en este mundo el soberano.

Es tierra que de todo fué formada  
Y que en señal de su mezquina cuna  
Recibió un corazón de la fortuna  
Que al llorar le dijese: « Tú eras nada »

¡ Un corazón! Su pasto es solo el lloro,  
El dolor es su eterno compañero,  
Un ay es el amigo postrimero,  
É inútil prevision es su tesoro.

Las horas de placer son un instante,  
Las horas del dolor no tienen cuento,  
Que cuando el hombre llora, el firmamento  
Para del sol el carro relumbrante.

Cada latido que en el pecho suena,  
Amarga gota en nuestro cáliz vierte,  
Porque anuncia que un paso da la muerte  
Y falta un eslabon á una cadena.

¿ Mas qué es morir para quien llora tanto?  
Un hogar para anciano que está yerto,  
Una palma en un cálido desierto,  
Ó del seno materno el dulce encanto.

No llores, hombre, al contemplar la muerte,  
Que si el alma te encumbra al alto cielo,  
El corazón te baja al pobre suelo,  
Y en todo forma la brillante suerte.

SANTIAGO DIEGO MADRAZO

#### SOLO HAY PENAS PARA MÍ.

Dichoso el hombre que en la inquieta vida  
De halagüeñas imágenes cercado,  
Nunca sintió su pecho atormentado  
Por penas ni dolor.

El que gozando en perdurable calma  
Días de paz, tan solo y de ventura,  
Nunca tuvo un momento de amargura,  
De esperanza, de amor.

Pero ¡ ay! de aquel que delirante, ciego  
Ve un porvenir de gloria y de laureles,  
Y aromas celestiales y vergeles,  
Y amor y una mujer.

Este sér de ilusiones y de encantos  
Es un esclavo de su mente inquieta.  
Un esclavo infeliz que se sujeta  
Á eterno padecer.

¡Triste, triste de mí! yo lloré un día  
Y solo por un nombre suspiraba,  
Solo un nombre de gloria yo anhelaba;  
Un nombre yo busqué.

Y herí las cuerdas de armoniosa lira,  
Mas mi acento las bellas esquivaron  
Y los hombres mi canto despreciaron...  
¡En mal hora canté!

Volví los ojos al cielo,  
El rostro en llanto bañado,  
Pidiéndole atribulado  
Un momento de consuelo.

Y sentí un anhelo vago  
Que el alma me consumía,  
Y era que de amor sentía  
El dulce engañoso halago.

Mas triste, ¿á quién adorar?  
¿Por qué amargar la existencia  
De un arcángel de inocencia  
Con mi eterno suspirar?

¿Y quién enjuga este llanto  
Que mis mejillas marchita,  
Ni qué corazón se agita  
Por un hombre en su quebranto?

¡Destrozador frenesí!  
¡Triste y amarga memoria!  
¡Vano amor! ¡Soñada gloria!  
¡Solo hay penas para mí!

M.

**El bombardeo.**

El bombardeo de París por el ejército de Versalles y el bombardeo de las cercanías de París por los federa- dos, acumulan ruinas sobre ruinas. La avenida de la Grande-Armée está acribillada por los proyectiles. El Arco de Triunfo recibe cada día una nueva herida, y los desdichados habitantes de esos barrios que no han aprovechado el armisticio, no tienen ya otra residencia que la de las cuevas.

En cuanto á las casas se puede juzgar por nuestros dibujos los destrozos que las bombas han producido en ellas. No hay un propietario en todos esos barrios que no pueda decir con razon:

— ¡Estoy arruinado!  
Neuilly, las Ternes, Asnieres, van á ser otras tantas repeticiones de la inmensa ruina de Saint-Cloud.

Para colmo de horrores, diremos que muchas casas se han hundido sobre sus habitantes refugiados en las cuevas, sin que haya sido posible prestarles socorro.

¡Cuándo se acabarán tantas desgracias!

V. H.

**El marido.**

I.

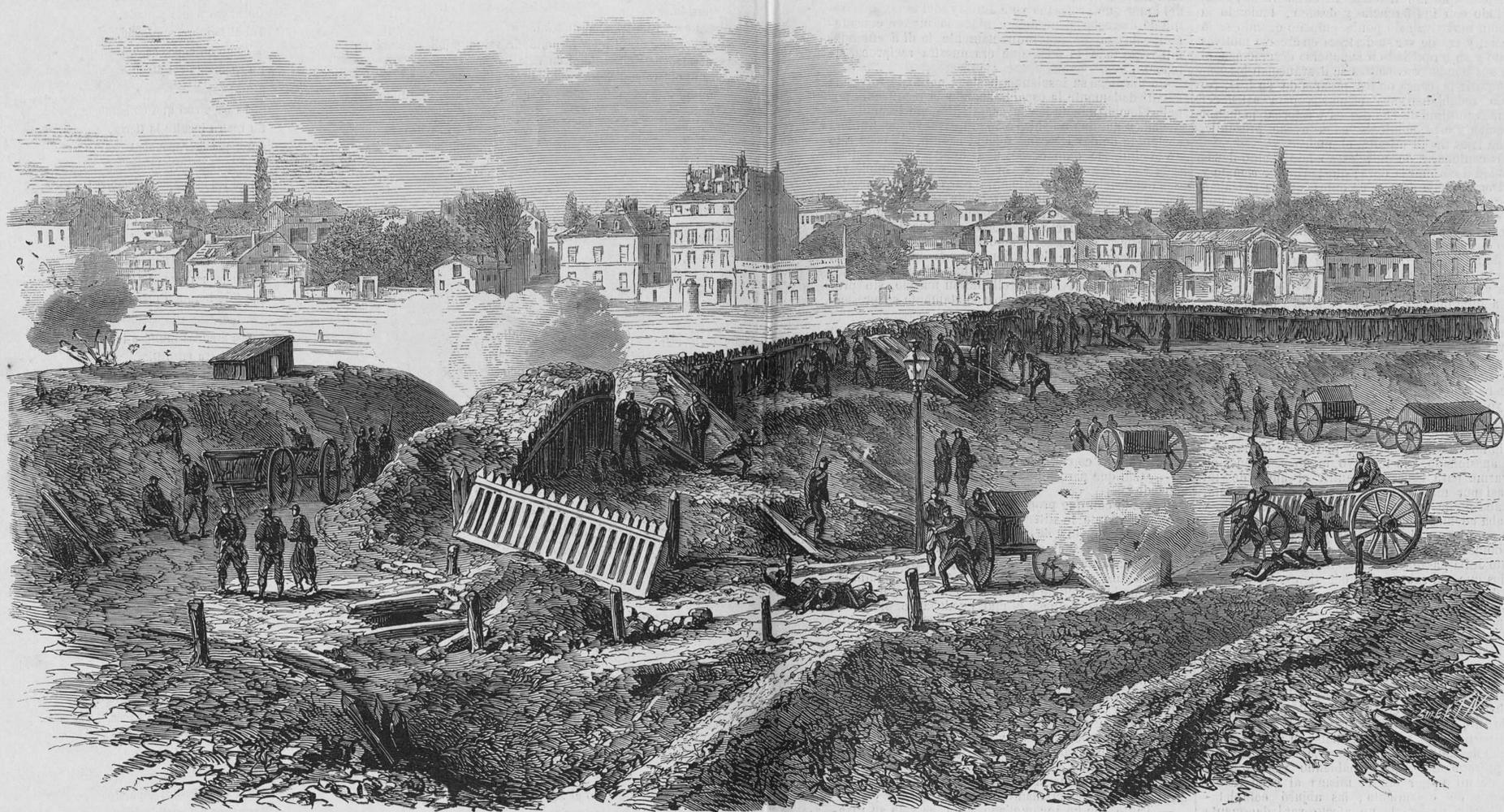
Las once ó poco más de la noche serian, cuando saliamos mi amigo Vicente y yo de casa de Julia; yo muy satisfecho y desvanecido porque habia recibido aquella noche de esta las mayores muestras de amor y de preferencia sobre los que, en pretender su mano, rivalizaban conmigo. Vicente al contrario, tan cabiz-

bajo y meditabundo que cualquiera que no le conociese hubiera visto en él un rival descontento. Pero á mí no podia ocurrirme esta idea y al explicar por qué, resultará descrito el carácter de mi amigo.

Es Vicente una de aquellas personas que la providencia ha colocado sin duda sobre la tierra, para demostrar que no es una palabra vana la amistad. Y no se crea por esto que es de genio tan condescendiente en esencia como se necesita para conservar armonía y

union entre dos amigos. Todo lo contrario, es naturalmente terco y pagado de su parecer, porque si bien raciocina con bastante exactitud en todo lo que es posible al que no penetra en el fondo de las cuestiones, una sus ideas muy despacio, es tarde en formar su opinion y por tanto la defiende con tenacidad. Pero el resultado de este, si se quiere defecto, lo destruye su misma esencia y la cualidad de ser el hombre mas esclavo de las costumbres que se forma, que imaginarse puede.

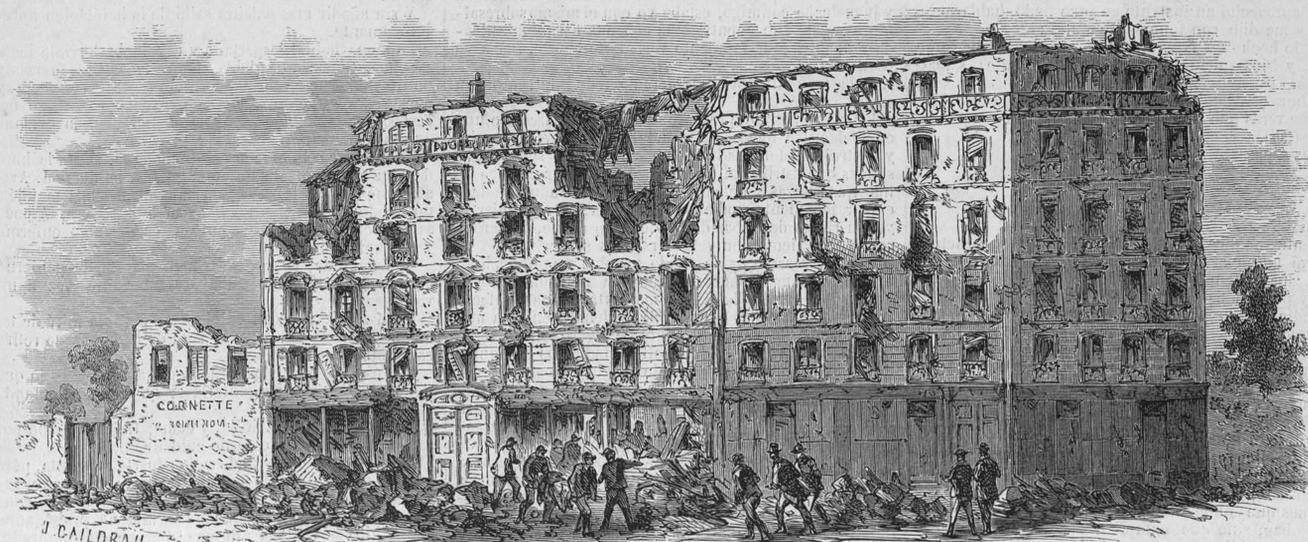
Conocióme á mí en una comida de fonda, chocóme mi carácter, me observó durante algunos días y me ofreció entonces su amistad con tal ingenuidad y calor que quedé prendado. Seis años hace que nos vemos todos los días, apenas ha pasado uno en que no hayamos disputado, y sin embargo, á cierta hora de la tarde estoy siempre seguro de ver entrar á Vicente para no separarse de mí hasta las doce de la noche. Rara vez se le persuade, pero mas rara vez aun deja de hacer lo



LA GUERRA CIVIL. — Interior de la batería de la avanzada de la puerta Maillot.



LA GUERRA CIVIL. — Casas bombardeadas en la esquina de las avenidas del Roule y de Sainte-Foy.



LA GUERRA CIVIL. — Aspecto de una casa bombardeada en la avenida Sainte-Foy.

que se quiere, con tal de que se le salve el derecho de quejarse y hallarlo todo malo, cosas que hace con una suficiencia y cachaza que pocos le sufrirían, no conociendo su excelente corazón, su exquisita sensibilidad y su honradez. Cuando le llevé á casa de Julia, le pregunté al salir qué le parecia: quedóse un poco parado y me respondió en seguida:

— No haremos ella y yo buenas migas nunca. Así fué en efecto. Julia no le puede sufrir y le contradice á cada paso. Vicente solo concurre á casa de Julia por mí.

En la noche que dejo indicada iba yo demasiado entregado á mis alegres pensamientos para poder extrañar su mal humor, á pesar de que lo notase. Marchaba yo delante, seguíame él silencioso y no me pesaba de ello, porque no interrumpía mis reflexiones. Así anduvimos las mas que regular distancia que hay desde la casa de Julia á la mia, sin que Vicente despegase sus labios. Llamé y ya se divisaba por entre la puerta la luz del criado que bajaba á abrir, cuando mi amigo hizo un esfuerzo que parecia costarle sumo trabajo y me dijo:

— Quisiera hablarte acerca de un asunto muy serio.

— Pues hombre, admiro la cachaza. Desde que salimos de casa de Julia no has pronunciado palabra, y ahora se te antoja conversar. Vamos, entra, y me dirás lo que quieras.

— No; la noche está hermosa, y si no tienes inconveniente podemos hablar paseando las calles.

— Muy peripatético es eso, y me temo que lo que tienes que decirme no participe tambien algo de la escuela.

— No, no son sutilezas. Allí veremos. Consiento en lo que propones, y ten la bondad de no olvidar que por esta vez se hace tu gusto en todo.

No me contestó Vicente, sino que al oír mi asentimiento principió á andar por la acera. Dije al criado que cerrase y llegándome á él le cogí del brazo y principiamos á andar muy despacio. Conoció que se hallaba embarazado sin saber cómo principiar la conversacion, y tuve el cruel placer de no querer ayudarle. Unos cien pasos habiamos andado y él no hablaba, cuando yo al fin le dije:

— Oyes tú; y ¿no me has dejado entrar en casa solo para que paseásemos? Porque te anuncio que tengo sueño...

— No es eso, me interrumpió, sino que no sé cómo decirte una cosa...

— Lo extraño, porque supongo que será algun consejo y nunca te he visto económico ni mirado en esta parte, aun fuera de ocasion.

— Ya... pero hay cosas... Mira, decide si hablas ó no, pues en otro caso me vuelvo á casa.

— Pues señor, es preciso... porque al fin solo lo hago por tu bien...

— Pocos preámbulos. Sin ellos me has de responder tú, dijo Vicente decidido. Dime ¿piensas casarte con Julia?

— Sí, si ella quiere, respondí yo con prontitud, pues esperaba la pregunta y tenia prevenida mi contestacion.

Paróse Vicente al oírlo, soltó mi brazo, me miró con atencion y dió en fin á entender claramente que un modo tan brusco de entrar por la cuestion habia desconcertado su plan. Conociéndolo yo así y no queriendo prolongar su turbacion, le dije como por via de apéndice á mi respuesta:

— Haré un disparate ¿no es verdad?

— Al instante te vas á los extremos, dijo Vicente con la satisfaccion de un hombre que al fin se encuentra en

su terreno propio. ¿Quién ha de suponer eso?... Lo que yo digo, ó mas bien lo que queria decirte es, que procures observar y conocer un poco mas á Julia, antes de dar un paso tan serio.

— Ya está eso hecho.

— No lo creo, porque el amor es ciego, y tú estás enamorado.

— Bien dije yo que estabas de humor aristotélico: clásico puro con sus citas mitológicas.

— Ten la bondad de hablar con formalidad, que no es asunto para chanzas.

— Pues bien, para que te convenzas de que eso del amor ciego es una vulgaridad sin fundamento, te diré cuál es la opinion que tú has formado de Julia y la parte que tiene de cierta, de tal modo, que te convencerás si eres capaz de ello, de que miro la cuestion con mucha sangre fria.

— Lo veremos.

— En primer lugar tú crees á Julia una coqueta refinada.

— Cierto.

— Tienes razon en cuanto al efecto, pero ignoras la causa.

— ¿Cómo es eso?

— Julia es coqueta, porque aunque tiene mucha sensibilidad, no ama á nadie realmente.

— Pase lo de la sensibilidad que no creo, y vamos á lo que interesa.

— ¿Luego confiesas que no te ama á tí?

— Sí.

— Y entonces ¿cómo te atreves á casarte con ella?

— Porque yo á ella sí la amo.

— Y entonces ¿de qué sirve la razon?

— La razon sirve para modificar nuestras pasiones, no para extinguirlas.

— Pero en resolucion Julia no te ama.

— Tampoco ama á otro; y nada prueba que en adelante no me cobre afecto, pues como dice un célebre poeta que conoces :

Que las mujeres honradas

Quieren amar de solteras,

Mas tal vez no aman de veras

Hasta despues de casadas.

— Si Breton hubiera sabido que esa redondilla habia de servirte de apoyo para hacer un desacierto, estoy seguro de que no la habria escrito.

— Esa es una idea extravagante como tuya; pero sigamos adelante. Tú consideras que la educacion de Julia ha sido malísima.

— Y no dirás que me equivoco.

— Seguro que no; pero yo creo el mal de fácil remedio suponiendo interés y talento de mi parte, y tú crees que toda reforma es imposible.

— Y me confirmo en ello.

— Piensa como quieras, supónla si es posible mil veces mas defectuosa de lo que en realidad pueda ser. Así la considero yo; despues de considerarla, y despues de exagerar sus faltas y de disminuir sus buenas cualidades, consulto mi corazon que se halla opuesto á mi cabeza, y en cuestiones de esta especie obedezco siempre al primero. Así la quiero, y tal cual es me caso con ella.

— Y ¿cuál va á ser tu suerte? Será tu casa un infierno abreviado.

— Allá lo veremos. Mira, estamos á la puerta de mi casa y te dejo por esta vez. Agradezco tus buenas intenciones, pero lo dicho, dicho; tan mala como es la amo y me caso con ella.

— Dios te haga muy buen casado, dijo Vicente despidiéndose algo picado.

Un mes despues asistió Vicente á mi casamiento con Julia en calidad de testigo. Cuando la ceremonia se concluyó, aprovechó un instante en que pudo hablarme á solas, y me dijo con tono sentimental :

— A lo hecho no hay remedio. Olvida lo que te he dicho, y Dios quiera que mis presentimientos salgan fallidos.

— Ahora es cuando necesito tener mas memoria. Mas adelante verás que no me he lanzado al mar sin piloto.

— Así sea, respondió Vicente.

Y nos separamos.

## II.

Vicente aunque no está dotado de una gran penetracion, vé muy claro en todo lo que alcanza, y no se equivocaba al definir á Julia. Si por su carácter particular y por no hallarse personalmente internado, no descendía á inquirir la causa de los defectos de esta para escogitar su remedio, en el fondo tenia razon. Nacida Julia con pasiones impetuosas y genio altivo tuvo la desgracia de tener unos padres tan indulgentes, que lejos de corregir el orgullo, extravagantes caprichos é inconstancia de su hija desconocian sus defectos y eran los primeros instrumentos de su imperiosa voluntad. Era el único fruto de un matrimonio de treinta años, el amor que la tenian rayaba en idolatría, su querer la única ley en la casa y esto sin que ni ellos ni ella se aperciesen, pues Julia no podia tener idea de contradicciones que nunca habia sufrido y sus padres no sacrificaban, sino que cumplian sus gustos al satisfacer los de su hija. Las consecuencias son demasiado

evidentes para que me detenga en enumerarlas. Julia miraba todo con indiferencia y desden, teniendo la imaginacion muy viva solo ponía empeño cuando se la contradecía, y era de ver su destreza en crearse motivos de disgusto y su terquedad en suponerse desgraciada, al paso que sus bondadosos padres se desvanecian los casos en inquirir la causa de los pesares de su hija. No hallándola redoblaban sus esfuerzos para satisfacer hasta el mas mínimo de sus deseos y estorbar la menor contradiccion y esta conducta como es de presumir, aumentaba lejos de disminuir el mal.

Algunos centenares de novelas no leídas, sino devoradas venian á coronar la obra; que tenia por remate y final extremo media docena de entes que la rodeaban á porfia, y á porfia la colmaban de obsequios. Cada uno de estos queria á Julia lo suficiente para sacar partido de sus defectos que multiplican adulándose y aprovechando el menor incidente para ganar su confianza.

No es de mi intento referir por qué medios un hombre como yo, rubio, alto, moftetudo, de fisonomía poco expresiva y de carácter material y positivo, pasé con respecto á Julia del despegó á la amistad y de la amistad al amor, cometiendo, segun el parecer de mi amigo Vicente, el insigne disparate de casarme con ella. A decir verdad no tenía tanta confianza como queria aparentar y el conocimiento exacto de los defectos de mi mujer unido al que me sobraba de los míos, no dejaba de causarme inquietudes.

No sé yo en qué novela ó cuento habia yo leído que el hombre de mundo que iniciaba por la vez primera á una doncella en los misterios del himeneo lograba con ella una influencia muy segura, y podia casi contar con un amor apasionado. No tenia yo muchas razones en que apoyarme para esperar adquirir el amor de mi mujer y así por mas visionaria que me pareciese esta, me agarraba á ella como el áncora de mi esperanza, y reflexionaba además el plan de conducta que seria mas oportuno para lograr el deseado fin y asegurar mi tranquilidad doméstica.

En tanto Julia pasados los primeros dias de matrimonio, en los que sin saber por qué, tiene mas parte la sociedad de lo que fuera razonable, parecia completamente satisfecha de su nuevo estado. A su carácter desigual, caprichoso y antojadizo habia sucedido una uniformidad de humor y una amabilidad imponderables. Respecto á mí nada lo extrañaba, pero con los criados era lo mismo. El que antes la hubiera conocido y visto el tono altivo que con ellos usaba, lo descontenta que siempre se hallaba con sus servicios y los caprichos que les hacia sufrir, no comprenderia despues tal mudanza. Vicente, que continuaba visitándome diariamente, estaba pasmado y no me ocultaba su admiracion; al principio desconfiaba y no se atrevia á dejar sus anteriores prevenciones, pero habiendo visto que la conducta de mi mujer era la misma al cabo de algunos meses de casamiento, las abjuró completamente y llegó á profesarla un afecto verdaderamente fraternal. Ella por su parte tal vez considerando nuestra amistad, tal vez porque llegó á conocer bien la buena índole de Vicente, ó acaso por ambas causas, depuso su encono para con él, y tratándolo con cariño resultó entre ambos la mayor intimidad. Y era lo mas admirable, vistos el carácter del uno y de la otra, que la única persona con quien Vicente no disputaba ni á la que jamás contradecía era Julia. Lejos de eso, cuando él segun su invariable costumbre sostenia con terquedad un parecer contrario al mio, y disputábamos acaloradamente, ella era la que mediaba, y rara vez dejaba de reducirle á la razon.

Entre tanto habíame sucedido á mí todo lo contrario que á Vicente. Estaba en ascuas verificándose en mí lo que podria acontecer á un general que tomando todas sus disposiciones para resistir á un enemigo que cree muy superior en fuerzas, encuentra sin saber cómo que este enemigo se le confiesa vencido sin entrar en combate y sin una causa aparente. Cuando cediendo mi mujer á los impulsos de su festivo humor se chanceaba y jugueteaba conmigo, estaba yo con el mismo sobresalto que aquel que se entretiene con una fiera domesticada y teme á cada momento verla enfurecerse. Decia yo para mí :

— La leona duerme, guardémonos de interrumpir su sueño.

Y tenia siempre presentimientos y temores de una crisis decisiva que podia concluir con desventaja mia, y destruir mi felicidad ó bien cimentarla sobre bases sólidas que estribasen en el conocimiento reciproco de nuestras fuerzas y demarcasen el terreno llano que des- embarazadamente podíamos mantenernos mi mujer y yo sin riesgo de la paz doméstica. En efecto, no tardaron mucho tiempo en verificarse mis sospechas.

Julia al casarse habia traído consigo una doncella ó camarera llamada Lucía, muchacha muy dispuesta y viva, y que profesaba á su ama extraordinario afecto que esta le pagaba, depositando además en ella una gran confianza. Lucía, á título de favorita de su señora, recibia cuando esta era soltera todos los obsequios imaginables que no dejaban de dirigirla cuantos en la casa entraban y conocian el ascendiente que en ella tenia. La muchacha, que era suficientemente linda para merecer la atencion, no conocia que era el asno cargado de reliquias de la fábula y se llegaba á llenar de orgullo. No fui yo de los que menos contribuyeron á inspirárselo, sabiendo que si bien en los numerosos momentos de mal humor, su ama la trataba sin ninguna consideracion, tenia el talento de aprovechar las ocasiones y de dominarla absolutamente. Mas Lucía no quiso comprender que si el amante de su señora habia

sido fiel servidor, el marido era ya su amo. Abusando del amor que profesaba yo á Julia y del temor que tenía de disgustarla, no me guardaba la menor consideracion á pesar de que indirectamente la dí á entender mil veces todo lo falsa que era nuestra reciproca situacion.

Un dia llegó su insolencia hasta el punto de volverme desenfadadamente la espalda cuando la reconvenia por haber hecho una de las suyas. Reñía con bastante seriedad, y aunque no hizo ningun caso yo me hubiera abstenido de dar trascendencia al asunto, si á poco rato no la hubiese oído desde una habitacion inmediata referir el lance con el mayor descaro añadiéndole varias explicaciones que hicieron reír á Julia á carcajadas. No es fácil imaginar la molesta sensacion que me causó semejante risa, aun cuando debiese suponerla sencilla, y solo efecto del modo con que la insolente Lucía referia el suceso. Llamóme en particular la atencion el ascendiente de la doncella en su ama que la estorbaba reparar en lo ridículo que era acceder á sus sugerencias y burlarse con ella de su marido, sin prever las consecuencias que inmediatamente se presentaron á mi imaginacion.

Reflexionando en este suceso y muy disgustado con él me hallaba sentado á una mesa en una habitacion retirada, cuando sentí los pasos de mi mujer. Apresuréme á fingir que estaba escribiendo para disimular mi pesar y proporcionarme el aplomo que suponía necesario. Acercóse á mí con risueño semblante, y principió á hablar de asuntos indiferentes. Respondíla con bastante seriedad que aparentó no notar, y viendo a fin que no lograba hacerme participar de su buen humor, varió de conversacion y dijo :

— ¿Con que parece que la loca de Lucía te ha incomodado?

El modo con que pronunció estas palabras manifestaba claramente la intencion de proporcionar un desahogo á mi enfado y de que yo la diese quejas para proporcionar ella disculpas, encargarse de reprender á la criada y salvarla así por su interposicion de cualquier consecuencia que mi cólera pudiera tener. Conocílo así y tuve tambien tiempo para reflexionar que si me dejaba llevar de esta astucia, el mal quedaba de pié ya en situacion muy desventajosa, y sin acabar de entendernos acerca de nuestro carácter. Acaso tambien tuve entonces el temerario deseo de querer graduar toda la extension de la índole de Julia, los grados de su amor hacia mí, y mis fuerzas para resistirla. Acaso mi enfado que habia subido de punto me incitó y no me dejó reflexionar la trascendencia de una primera disension doméstica en la que podia yo resultar el mas débil por verdaderamente enamorado y perder todo el prestigio que necesita un marido. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que despues de un momento de silencio contesté á mi mujer con cierta aspereza y procurando dar al semblante toda la seriedad de que soy capaz.

Tanto me ha incomodado y tal ha sido su insolencia conmigo, que solo esperaba verte para exigir de tí que la despidas inmediatamente.

Esta respuesta inesperada sorprendió á Julia en términos que casi quedó sin saber qué decir.

— ¿Exigir, exclamó recalando esta palabra, que la despida?

— Sí, porque como no me considera amo suyo y á tí sí, no me he atrevido á mandárselo yo mismo.

Miróme Julia como no pudiendo persuadirse de que hablase con seriedad. Convencida de que mi resolucion era formal, principió á encenderse su rostro. Contúvose, sin embargo, y me dijo con forzada amabilidad:

— Considera que hace mucho tiempo que esa muchacha está á mi lado y que por una friolera...

— Su conducta para conmigo, interrumpí yo, merece otra calificacion y me ofende demasiado: por lo que espero dispondrás de que en todo el dia de mañana quede fuera de casa.

— De ningun modo, exclamó mi mujer encendida en cólera.

Y sin añadir mas palabra salió de la habitacion apresuradamente.

La leona habia despertado y una lucha terrible iba á seguirse. Conocí que debia reunir todas mis fuerzas y no descuidarme en lo mas mínimo si queria vencer; y puesto ya en el caso resolví hacerlo así por mas que me costase sumo trabajo el haber de afligir á la persona que mas amaba.

Tuvo lugar esta escena por la mañana. Hasta la hora de comer permanecí solo en la misma habitacion. Avisáronme de que la comida estaba dispuesta y mandé á un criado que pasase igual aviso á la señora. A poco salió Lucía á decirme que su ama estaba algo enferma y no queria comer.

— Está bien, la respondí; pero sírvate de gobierno que no quiero te vuelvas á presentar otra vez á mi vista.

Iba á replicarme con insolencia; pero la miré de tal modo que hubo de perder la gana de hacerlo y se retiró cabizbaja.

— Ves, Lorenzo, dije á un criado, á ver qué es lo que tiene tu ama, y á preguntarla si quiere que se mande llamar al facultativo.

— Que se tranquilice Vd. y coma, trajo el criado por respuesta, que no es cosa de cuidado.

Ví que seguia preparándose una fuerte tormenta, pero aunque en realidad me hallaba lleno de sobresalto, resolví aparentar la mayor tranquilidad. Así que se concluyó la comida, la que puedo asegurar no probé, aunque la hice servir toda y durar el tiempo acostumbra- do, me dirigí á la habitacion de mi mujer. Al oír mis pasos

se salió de ella Lucía y encontré á Julia sentada, con el cabello algo descompuesto, la mano apoyada en la me- gilla y con señales de haber llorado. Confieso que ne- cesité toda la resolución de que soy capaz para conte- nerme, y fingir una frialdad que estaba muy lejos de mi corazón.

- ¿Qué tienes? la dije acercándome.
- Nada, me respondió con sequedad.
- ¿Pero te has de quedar sin comer alguna cosa?
- No tengo gana de tomar nada.
- ¿Quieres que se llame al médico?
- No.

Sentéme entonces en una silla á cierta distancia de Julia, y pasamos mas de tres cuartos de hora sin hablar una palabra, aparentando yo estar muy entretenido en observar las ondulaciones del humo de mi cigarro, y ella sin variar de postura. En este estado nos halló Vi- cente, que no se sorprendió poco al vernos tan taciturnos. Dirigióse á mi mujer para preguntarla cómo esta- ba, y como es costumbre, un dolor fuerte de cabeza la aquejaba. Esta respuesta no satisfizo á Vicente, y vien- do que yo me aprovechaba de su venida para pretextar quehaceres y retirarme, me siguió para inquirir la ver- dad de lo que pasaba.

- ¿Qué es eso, me dijo, habeis reñido?
- No, no es nada; una disputilla.
- Pero ¿por qué?

— Ya te lo contaré ella. Yo voy á salir, hazla compa- ñía y procura que tome algo, pues no ha comido.

Y sin querer darle mas explicaciones le dejé, mar- chándome á poco á la calle. Fuéme imposible hallar re- poso en ninguna parte; recorrí mil calles sin direccion ni objeto fijo, y apenas anocheció volví á casa.

Tenia mi mujer visitas: entré un momento en la sala, observé que estaba algo mas tranquila, y me retiré á mi habitación en la que no tardó en entrar Vicente.

— ¿Has hablado con Julia? le pregunté con an- siedad.

— Sí, me respondió, y dispénsame si por esta vez no te doy la razon.

- Seria la primera que me la hubieses dado.
- La conducta de tu mujer es irreprochable.
- ¿Pero qué tiene que ver?...?
- Déjame acabar y despues dirás lo que quieras.

— No te dejes acabar porque vas á ensartarme una porcion de máximas vulgares que tengo yo olvidadas y á no decirme lo que me interesa. ¿Consiente Julia en despedir á su doncella?

— Pero si eres tú el que no has de insistir en que la despida.

— ¿Qué ente tan particular eres! siempre es preciso para hablar contigo, estrecharte por todos lados. ¿Y si yo insisto?

- No debes insistir.
- Harias perder la paciencia á un santo. Responde: en el caso que yo insista, ¿qué piensa hacer ella?
- Si tú insistes... no sé qué decir; pero yo la he prometido conseguir de tí que consentas en que Lucía se quede.

— Pues has prometido un disparate y una cosa que no podrás cumplir. Veo que como siempre has hecho todo lo contrario de lo que yo esperaba y de lo que era razon.

- Gracias, respondió Vicente picado.

Y se marchó á la sala. Era, pues, evidente que no me quedaba mas recurso que ceder perdiendo todo el ter- reno que habia ganado, menoscabando mi decoro y deci- diéndome á ser en adelante un ente insignificante en mi casa, ó hacer frente á una tempestad que no podia tardar en estallar, pues el término señalado por mí era el siguiente dia, y cuyas consecuencias no me atrevia á pensar cuáles serian, prescindiendo de que acaso po- drian traerme un desengaño muy poco grato para un marido y es el de que su mujer no le profesa un verda- dero cariño. Sin embargo, me decidí por el segundo término.

Vicente nos acompañó á cenar (porque en mi casa á guisa de españoles se cena) cosa que mi mujer y yo hicimos con apetito porque no habíamos comido. Ella no me dirigió la palabra mas que lo absolutamente preciso, y yo hice otro tanto: ambos temíamos tocar por incidente la cuestion.

Al despedirse Vicente, me pidió en secreto que nada dijese por aquella noche á Julia, puesto que él aun no la habia hablado despues de nuestra última conversa- cion, y prometiéndome que á la mañana siguiente ven- dria. Aseguréle que así haria y en efecto nos separamos diciéndome ella:

- Buenas noches.
- Y contestándola yo:
- Adios.

A la mañana siguiente, vino á vernos Vicente desde muy temprano. Empleó para persuadirme á que cedie- se, cuantas razones le sugirió su ingenio, insistiendo es- pecialmente en una, á su parecer, de gran peso. Decíame con gran seriedad que yo no podia haber esperado nunca que Julia hubiese mudado del modo que lo habia hecho, sino que al contrario debia temer que siguiendo con todos sus defectos, me costase sumo trabajo y muchas incomodidades el corregirla; que sin embargo nos habíamos engañado, y él mas que yo, puesto que la creia incorregible y que por consiguiente era muy

extraño que no quisiese yo tener con ella una sola y leve condescendencia.

Erame imposible tratar de convencerle porque le co- nocia demasiado, y así hube de reducirme á decirle rotundamente que insistia en mi idea y que de ningun modo cederia.

Teníamos esta conversacion los dos solos en un ga- binete que me servia de despacho. Muy creído estaba yo de que nadie mas que él me oia, y así no quedé poco sorprendido cuando abriéndose con impetu la puerta se presentó mi mujer. Su rostro encendido y ademán colérico me persuadieron al momento de que la tempestad iba á estallar con toda su fuerza y no pude menos de temblar interiormente.

— ¿Con que se ha propuesto Vd., dijo Julia con el tono de una reina, darme una pesadumbre sin otro mo- tivo que el placer de dárme la?

— Yo siento infinito, la dije con calma, que una dis- posicion de que me he visto obligado á tomar te aflija tanto; quisiera evitarte la menor incomodidad, pero no debo ceder ni cederé por ningun título, pues tengo la razon.

— Déjese Vd. de rodeos y de hipocresía, dijo ella con amarga sonrisa; diga Vd. que quiere hacer su voluntad sin tomar nada en cuenta.

— Es inútil tratar ahora de convencerle: despues serás tú la primera en aprobar mi conducta. Antes de mandar una cosa la reflexiono y escucho el parecer de cualquiera, despues exijo que se me obedezca.

— Ese sistema podrá Vd. aplicarlo cuando tenga es- clavos y se ha equivocado Vd. mucho si ha creído que yo estaba dispuesta á serlo.

— No gustó de inútiles disputas. No he creído nunca, y tú lo sabes muy bien, que debias dejar de ocupar en tu casa el lugar que te corresponde; pero supuesto que aparentas ignorar cuál es el que á mí se debe, me veo en el caso de indicarlo yo mismo. Esa muchacha saldrá hoy mismo de casa.

— ¿Lo toma Vd. de ese modo! Muy bien: con ella saldré yo tambien.

— Usted se guardará por sí misma de dar ningun paso aventurado. Yo puedo perdonar una niñada, pero de ahí en adelante...

— ¿Me amenaza Vd.?

— No, señora, indico solo hasta dónde llega mi pa- ciencia y suplico á Vd. tenga la bondad de no abusar de ella.

— Es Vd. un necio muy insolente, á quien yo no su- friré.

Y salió de la habitacion dando un tremendo portazo. Vicente que no habia desplegado sus labios durante la disputa se volvió á mí.

— Eres un hombre incomprendible, me dijo; parece que te complaces en poner á una mujer de carácter al- tivo en el disparador para que haga un disparate.

— Mira, le contesté, no estoy ahora para explicacio- nes ni necias disputas. Tú no me has entendido nun- ca, y es imposible que me entiendas. Calla y no me atormentes.

Vestíme apresuradamente y marché á la calle para desempeñar mis quehaceres, sin haber vuelto á pronun- ciar palabra. Vicente se quedó en casa. Estuve fuera algunas horas y á mi vuelta, ya bien tarde, no fué poca mi sorpresa al hallar que me esperaban Vicente y el padre de mi mujer. Hallélos como turbados y sin saber por dónde empezar á referirme una cosa, que al pare- cer les ponía en cuidado. Sus rodeos me asustaron.

— Vamos, señores, les dije; pocos rodeos. ¿Qué hay? ¿Qué ha sucedido?

— Nada, nada, respondió Vicente; no tienes por qué asustarte; pero si me profesas alguna amistad me has de prometer no enfadarte mucho.

— Acaben Vds. con mil santos.

— Pues señor, dijo Vicente, has de saber que cediendo tu mujer al impulso de su cólera, esta mañana des- pues que tú te fuistes... la he acompañado yo á casa de sus padres.

Vicente referia primero la circunstancia atenuante de haberla él acompañado.

— Con que es decir, exclamé yo, que se ha marcha- do de su casa.

— Se puede calcular, añadió Vicente, que ha ido á hacer una visita á su mamá.

— Sí, dijo mi suegro, porque aunque asegura que no volverá sino con Lucía, que por supuesto se ha dade por despedida y está en mi casa, es muy probable que este capricho se le pasará pronto.

Confieso que en este instante la cólera me dominó, y de tal modo hube de manifestarlo, que mis dos inter- locutores se asustaron seriamente. Tomé el sombrero y al salir dije á mi suegro:

— Diga Vd. á su hija que si no vuelve inmediate- mente y llega á pasar la noche fuera, puede olvidar comple- tamente que tiene marido.

Y me lancé precipitadamente á la calle tan sofocado y con el corazón tan oprimido, que apenas podia res- pirar. Seguí andando por mucho tiempo apresuradamen- te y á la ventura hasta que al fin algun tanto mas sosegado me hallé fuera de Madrid en las inmediacio- nes de la puerta de Santa Bárbara. Paréme, y volviendo la cara atrás ví con admiracion á Vicente, que me se- guia casi sin aliento. A pesar de mi enfado me fué im- posible dejar de reirme al verle. Venia abrumado de can- sancio y con una cara de susto tan cómica, que un reo sentenciado á muerte hubiera hecho lo mismo. Mi risa redobló su sobresalto, pues creo se le figuró que habia perdido el juicio.

— Vamos, Victoriano, me dijo con el tono de con-

descendencia con que se habla á los locos, volvámonos á casa. Ya has paseado bastante.

Volví á reirme redoblando su admiracion y le dije. — Bien; pero sentémonos un poco á descansar.

## IV.

Hicimoslo así en efecto. Era la caída de la tarde y el aire fresco que corria contribuyó no poco á acabar de tranquilizarme. Reflexioné seriamente en lo que habia ocurrido, y recordando todas las circunstancias, conocí lo violento de la crisis en que con mi mujer me halla- ba, y la prueba terrible á que la habia sujetado con las últimas palabras, que en medio de mi cólera habia dicho á su padre. Si no poseia el cariño de Julia todo lo habia perdido, y dentro de muy poco tiempo iba á saberlo con evidencia. Mi amenaza, cruel para una mujer que amase, debia ser indiferente para la que no se hallase en este caso, y yo me habia casado con la mia convencido de que no poseia su amor. El suceso que acabo de referir y que motivó nuestra disputa, era insignificante y hasta ridículo por sí, pero su desenlace iba á decidir de mi felicidad.

Lleno de inquietud me levanté, tomé el brazo de Vi- cente, que viéndome entregado á mis reflexiones habia dejado de crearme loco, y sin pronunciar una sola pa- labra me dirigi con él hácia mi casa. Al acercarme á ella el cansancio y la fuerte conmocion que experi- mentaba me quitaron las fuerzas y tuve que apoyarme en mi amigo que me miraba silencioso, sin acertar á comprender aquel repentino paso de la cólera al des- aliento. Entramos, y sin atreverme á dirigir á nadie la menor pregunta, me dejé caer desanimado en un sofá de mi gabinete.

Un momento pasé, el mas cruel que pienso experi- mentar en mi vida. Abrióse una puerta y entró una criada que me dijo:

— La señora quiere hablar á Vd. y me ha mandado que venga á ver si está Vd. solo.

— Bien, que venga, respondí sin saber lo que me decia.

La alegría me causó tal emocion, que no me aver- güenzo de decirlo, principié á derramar lágrimas como un niño. Vicente estaba asombrado de verme.

— Ves y dí á Julia que al instante pasará á verla, le dije.

Hízolo así, y en tanto me esforcé cuanto pude en so- segarme. Iba ya á pasar al cuarto de mi mujer cuando se volvió á abrir la puerta y se presentó ella misma.

— Vengo, me dijo con voz en que tambien dominaba la emocion, á confesarte que me he portado como una niña sin juicio y á suplicarte me perdones...

Aun no habia acabado de hablar, cuando ya estaba en mis brazos. Nunca he sido mas feliz. Julia me ama- ba, no podia dudarle; y lo que es mas me daba una prueba de que su excelente índole era superior á todos sus defectos. Para demostrarme lo convencida que esta- ba de mi razon habló con desembarazo de nuestra dis- puta, aunque sin ocultar lo mucho que sentia la pér- dida de su doncella.

— Ahora, añadió, es preciso que vayamos á tranqui- lizar á los papás. No puedes figurarte el trabajo que me costó persuadirlos á que me dejasen sola.

— Eso quiero hacerlo yo solo, la respondí.

— ¿Y por qué así?

— Porque voy á traerlos para que cenén con nos- otros; y tú debes prepararlo todo en casa.

## V.

Aunque Julia no comprendió mi designio, cedió; y en efecto salí con Vicente que estaba loco de contento, tal era la amistad que nos profesaba. Despues de dar á los papás todas las explicaciones que con ansia exigie- ron, pregunté por Lucía. Dijéronme que la pobre chica no cesaba de llorar desde que su señora se habia mar- chado. Hice que la llamaran y la dije que podia venir conmigo si queria continuar en casa. Creí que me iba á ahogar de puros abrazos, y me confundió con tanto pedirme que la perdonase.

Al recibir Julia los abrazos de la muchacha me miró con los ojos arrasados en lágrimas y aquella mirada me pagó centuplicado por mi condescendencia.

Desde entonces gozamos de una tranquilidad inalte- rable, porque está fundada sobre las sólidas bases del cariño y del conocimiento recíproco. Ambos sabemos que hay en el matrimonio un ancho campo neutral, en el que los dos esposos pueden caminar desembaraza- dos, y dos campos atrincherados peculiares á cada uno, y que jamás debe violar el otro. Vicente está encantado de ver nuestra union y admirado de lo tranquilas que son todas las cuestiones que la diferencia de pareceres ocasiona entre mi mujer y yo, y que todas concluyen con una chanza. Lo que es él sigue siempre conviniendo con el parecer de Julia; y como todo es extremos, repite á cada momento que se ha de casar con la mujer cuyo carácter le parezca tan malo como buena su cara, pues supone que ha de ser preciosa.

VICTORIANO VALENTIN VIVALDO.

El ejército irregular del gran ducado de Gerolstein.



Escolta particular del gran duque.



Sir Walter Murph, comandante de la infantería gran ducal.



Veteranos contando sus proezas.



Tipos de infantería.



La comision de las bebidas.



Batallon de aprendices elegidos entre los muchachos mas guapos de Gerolstein.



Un miembro de la comision que ha hecho muchas probaturas.



La música de la capilla gran ducal.



Mayor general cuajado de cicatrices.



Echando sus cuentas para pedir el retiro.

**Bernabé Rudge,**

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuación. — Véase el número 956.)

— Un hombre, señor, respondió el criado, que era en su género tan egoísta é indolente como su amo, os trae el látigo que perdisteis días pasados. Le he dicho que no estáis en casa, pero me ha declarado que esperaría hasta que os hubiese entregado el látigo.

— Tiene mucha razón, dijo M. Chester, y tú eres un imbécil sin piés ni cabeza. Dile que entre, y ten cuidado de que se limpie los zapatos durante cinco minutos cabales antes de entrar.

El criado dejó el látigo sobre una silla y se retiró.

El amo, que había oído tan solo sus pasos sin tomarse el trabajo de volverse para verle, cerró el libro y continuó el curso de sus pensamientos interrumpidos por la entrada del criado.

— Si el tiempo fuera dinero, dijo dando vueltas á la caja del tabaco, transigiría con mis acreedores, y les daría... Vamos á ver... ¿cuánto les daría cada día? Les daría una hora despues de comer. Puedo sacrificarles todo esto para que saquen el mejor partido posible. Por la mañana entre el almuerzo y la lectura de los periódicos, les reservaría otra hora, y por la tarde les concedería otra antes de comer. Total: tres horas diarias. Se pagarían ellos mismos con visitas junto con los intereses en el espacio de un año. Me dan tentaciones de proponérselo un día de estos... ¡Ah! ¿eres tú, mi centauro?

— Yo soy, respondió Hugo entrando á largos pasos seguido de un perro tan rústico y hurano como él. He hecho mal en venir. ¿Por qué me enviáis á llamar si luego no me dejáis entrar cuando vengo?

— Me alegro de verte, muchacho, repuso M. Chester alzando la cabeza del almohadon y examinándole con indiferencia, y así me convenzo de que te dejan entrar por mas que digas lo contrario. ¿Cómo va?

— Bien, dijo Hugo con impaciencia.

— Lo creo; al menos tu cara indica que gozas de perfecta salud. Siéntate.

— Prefiero estar en pié, dijo Hugo.

— Como gustes, muchacho, respondió M. Chester levantándose, quitándose la bata y sentándose delante del espejo.

Y M. Chester principió á vestirse con la mayor finura sin hacer caso de su huésped, el cual permanecía en pié en el mismo sitio, incierto sobre lo que debia hacer y mirando de vez en cuando con expresion de mofa.

— ¿Por qué me habeis enviado á llamar? dijo despues de un largo silencio.

— Veo que estás algo conmovido, respondió M. Chester, y no de muy buen humor. Esperaré á que te tranquilices, no tengo prisa.

Esta conducta produjo inmediatamente su efecto; humilló al hombre, le cubrió de confusion y aumentó su perplejidad. A haberle dirigido palabras duras, hubiera contestado, pero aquel recibimiento frio y desdenoso de un hombre dueño de sí propio le hizo sentir su inferioridad de una manera mucho mas completa que lo hubiesen hecho las razones mejor combinadas.

Todo contribuía, pues, á desconcertarle. Su rudo lenguaje que tan extraño contraste formaba con los acentos dulcemente persuasivos del caballero, su facha inculta y las maneras finas de M. Chester, el desorden y negligencia de su vestido harapos y el elegante traje que veía junto al tocador, el aspecto de la sala llena de voluptuosas calamidades á que no estaba acostumbrado, el silencio que le dió tiempo para observar estas cosas y sentir cuanto malestar le causaban, todas estas influencias que muchas veces experimentan personas bien educadas, pero que adquieren un poder casi irresistible cuando pesan sobre un hombre rústico, dominaron á Hugo en un momento. Se acercó, pues, lentamente hácia la silla de M. Chester, y mirando de reojo el rostro de su interlocutor reflejado por el espejo como si buscara en su expresion algun indicio de amabilidad, le dijo por fin con un rudo esfuerzo de conciliación:

— ¿Quereis hablarme, señor, ó deseais que me retire?

— A tí te toca hablar, amigo mio, respondió M. Chester. Yo he hablado ya, y espero que te expliques.

— Me habré equivocado acaso, dijo Hugo con un embarazo creciente. ¿No me entregásteis el látigo antes de salir del Maypole y me dijisteis que os lo trajera cuando desease hablaros sobre cierto asunto?

— ¿Quién lo duda? Ese hombre eres tú, dijo M. Chester mirando la inquieta cara de Hugo por el espejo, á no ser que tengas un hermano gemelo, lo cual no es probable.

— He venido, pues, á traeros el látigo, dijo Hugo, y traigo además otra cosa; esta carta que quité á la persona á quien se la habian encargado.

Y al mismo tiempo dejó sobre el tocador la carta de

Emma, el billete cuya pérdida habia causado tanto pesar á Dorotea.

— ¿La quitaste á viva fuerza? preguntó M. Chester mirando la carta sin manifestar asombro ni alegría.

— No del todo, respondió Hugo.

— ¿Quién era el mensajero á quien se la quitaste?

— Una mujer, la hija de un tal Varden.

— ¿Una jóven, eh, picarillo? ¿Y no le quitaste otra cosa?

— ¿Qué otra cosa?

— Sí, alguna otra cosa, dijo M. Chester con lentitud porque estaba ocupado en pegarse un pedacito de tafetan inglés sobre un grano que tenia en el labio.

— Sí, un beso.

— ¿Y nada mas?

— Nada mas.

— Presumo, dijo M. Chester con la misma calma y sonriéndose dos ó tres veces para ver si el tafetan estaba bien pegado al grano, presumo que llevaba alguna otra cosa. He oido hablar de una albaja... de una friolera, de una cosa de tan poco valor que tal vez la habrás olvidado. ¿No llevaba tambien... un brazaletes?

Hugo echó un voto terrible, se llevó la mano al pecho, y sacando el brazaletes envuelto en un puñado de heno, iba á dejarlo sobre el tocador, cuando M. Chester le detuvo el brazo y le invitó á guardárselo en el sitio de donde lo habia sacado.

— Eso es tuyo, amigo mio, porque tú lo has robado. No soy ladrón ni encubridor. Te aconsejo que no lo enseñes á nadie, ni digas dónde te lo ocultas, dijo volviendo la cara.

— ¡No sois un encubridor! dijo Hugo con tono brusco á pesar del respeto que le inspiraba M. Chester. ¿Cómo llamais, pues, á esto?

Y tocó la carta con su pesada mano.

— Eso se llama de una manera muy distinta, dijo friamente M. Chester, y voy á probártelo al instante. Pero supongo que tendrás sed.

Hugo se pasó la mano por los labios y respondió afirmativamente con sordo acento.

— Entra en ese cuarto, y tráeme una botella y un vaso que encontrarás allí.

Hugo obedeció, y M. Chester le siguió con la mirada sonriéndose cuando hubo vuelto la espalda, cosa que se habia guardado muy bien de hacer mientras el mozo estuvo en pié junto al espejo.

Cuando este volvió, le llenó el vaso, y le dijo que bebiera. Despachado el primer trago, repitió hasta tres veces.

— ¿Cuántos vasos te beberias? le dijo al llenar el cuarto.

— Tantos como quisierais. Llenad, llenad hasta que se salga la espuma. El que me diera hasta saciarme, añadió haciendo resonar el líquido en la garganta, podria mandarme asesinar á un hombre y le obedecería.

— Como no tengo intencion de mandártelo y tal vez lo harías sin que te lo pidieran si continuas bebiendo, dijo M. Chester con la mayor calma, nos pararemos si te parece bien en el próximo vaso. ¿No habias bebido antes de venir aquí?

— Yo bebo siempre si se me presenta la ocasion, dijo Hugo con voz atronadora, agitando sobre su cabeza el vaso vacío y tomando de pronto la rústica actitud de un sátiro que va á bailar. Bebo siempre. ¿Por qué no? ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Hay nada mas precioso que beber? ¡No, no, no! ¿No me defiende del frio en las noches de invierno? ¿No me sostiene cuando me muero de hambre? ¿Qué me hubiera dado la fuerza y el valor de un hombre cuando los hombres me dejaban morir siendo un débil niño? A no ser por la bebida, ¿qué seria de mí? Me hubiera muerto en medio de un camino. ¡Bebo pues, mi amo, á la salud de la bebida! ¡Viva el vino! ¡viva el aguardiente!

— Eres un jóven entusiasta y de genio muy vivo, dijo M. Chester poniéndose la corbata con gran circunspección y moviendo la cabeza para colocarse en su debido sitio la barba.

— ¿Veis esta mano, mi amo, y este brazo? dijo Hugo alzándose la manga hasta el codo. Este brazo no era en otro tiempo mas que pellejo y huesos, y ya no seria mas que polvo en algun cementerio á no ser por la bebida.

— Puedes bajarte la manga, porque no necesito verlo descubierto para no desmentirte.

— Nunca me hubiera atrevido á dar un beso á aquella orgullosa á no ser por la bebida, dijo Hugo. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué beso tan rico! ¡Os aseguro que sabia á miel! Voy á beber otra vez á la salud de la bebida. Llévame el vaso. Vamos... otro vaso.

— Eres un mozo que promete mucho, dijo M. Chester poniéndose el chaleco con el cuidado mas escrupuloso, y es mi deber preservarte de las acciones impremeditadas á que te arrastraría infaliblemente la bebida y que pueden hacerte ahorcar antes de llegar á viejo. ¿Qué edad tienes?

— No lo sé.

— En todo caso, dijo M. Chester, eres muy jóven para librarte durante algunos años de lo que puedo llamar una muerte natural. ¿Cómo vienes, pues, á ponerte en mis manos, cuando apenas me conoces, con la cuerda en el cuello? Está visto, eres muy imbécil y confiado.

Hugo retrocedió dos pasos y le examinó con una expresion en que se mezclaban el terror, la indignacion y la sorpresa.

M. Chester continuó mirándose en el espejo con la misma afabilidad que antes, y prosiguió hablando con

tanta calma como si se discutiese la cuestion mas indiferente.

— El robo en una carretera, amigo mio, es una ocupacion peligrosa en extremo. No negaré que es agradable mientras dura, pero como todos los placeres de este mundo en que todo pasa, raras veces dura mucho tiempo. Y en realidad, si en el candor de la juventud confias tus secretos tan fácilmente á todo el mundo, me temo que tu carrera acabará muy pronto.

— ¿Qué estais diciendo? dijo Hugo. ¿Quién me ha inducido á lo que llamais un robo?

— ¿Cómo? repuso M. Chester volviéndose para mirarle de frente por vez primera. No te he entendido. ¿Quién te ha inducido?

Hugo se turbó y balbuceó algunas palabras que no pudieron entenderse.

— ¿Quién te ha inducido? Tengo curiosidad de saberlo, dijo M. Chester con la mayor amabilidad. ¿Alguna rústica beldad tal vez? Has de ser prudente, amigo mio; no te fies de las muchachas. No olvides el consejo.

Y al pronunciar estas palabras volvió á mirarse al espejo y continuó vistiéndose.

Hugo le hubiera contestado que era él quien le habia inducido, pero se le atragantaron las palabras.

El arte consumado con que M. Chester habia dirigido la conversacion desconcertó completamente á Hugo, el cual estaba convencido de que si hubiera contestado cuando M. Chester se volvió tan rápidamente, le hubiese mandado prender en el acto y conducir ante un magistrado con el objeto robado en su poder, en cuyo caso era tan segura su muerte en la horca como que era entonces de día.

El ascendiente que el hombre de mundo habia querido adquirir sobre aquel rústico instrumento quedó conquistado desde entonces, y la sumision de Hugo fué completa. Este pasó un susto terrible, porque conoció que la casualidad y el artificio acababan de hilarle un cabo de cáñamo que al menor movimiento de una mano tan hábil como la de M. Chester le colgaria de la horca.

En medio de estos pensamientos que cruzaban rápidos por su mente, y preguntándose sin embargo cómo era posible que en el momento mismo en que se presentaba con aspecto provocador para dominar á aquel hombre quedaba él sojuzgado tan pronto y tan completamente, Hugo permaneció humilde y trémulo delante de M. Chester, mirándole de vez en cuando con una especie de malestar mientras acababa de vestirse.

Cuando acabó, tomó la carta, rompió el sobre, y reclinándose en su sillón, leyó despacio las páginas de Emma desde el principio hasta el fin.

— ¡Qué estilo! ¡qué elocuencia tan insinuante! Es una verdadera carta de mujer, llena de lo que llaman desinterés, ternura y demás sentimientos de la misma clase.

Y al hacer este elogio estrujaba el papel y miraba con indolencia á Hugo como si quisiera decirle: «Ya lo ves;» pero lo acercó á la llama de una bujía que encendió, y cuando empezó á arder lo arrojó en la escupidera donde quedó convertido en ceniza.

— Era una carta para mi hijo, dijo M. Chester volviéndose hácia Hugo, y has obrado muy bien entregándomela. La he abierto bajo mi responsabilidad paternal, y ya ves lo que he hecho de ella. Toma esto por tu trabajo.

Hugo se adelantó, y tomó la moneda de plata que M. Chester le daba y este le dijo:

— Si te fuera posible encontrar alguna cosa como esta ó adquirir algun dato que te parezca que pueda interesarme, ven á traérmela y á enterarme de todo. ¿Me harás este favor?

Y dijo esto con una sonrisa que significaba: «Si no obedeces me la pagarás.»

Hugo respondió que obedecería.

— Y no estés tan abatido por esa temeridad de que hemos hablado, continuó M. Chester con el tono mas afectuoso. Te aseguro que tu cuello está en mis manos tan libre de la cuerda como el monarca en su palacio. Bebe otro vaso ahora que estás mas tranquilo.

Hugo lo aceptó de su mano, y bebió en silencio mirando á hurtadillas su cara amable y risueña.

— ¿Cómo! ¿no brindas ya á la bebida? preguntó M. Chester de la manera mas seductora.

— Brindo por vos, respondió Hugo haciendo un saludo.

— Gracias y buen provecho. Y á propósito, ¿cómo te llamas?

— Hugo.

— Ya lo sé. Te pregunto por el apellido.

— No tengo apellido.

— ¡Bravo muchacho! Pero ¿es que no lo tienes ó que prefieres olvidarlo?

— Si tuviera apellido os lo diria, respondió Hugo; siempre me han llamado Hugo á secas, y nunca he conocido á mi padre, de lo cual se me importa un bledo. Tenia seis años cuando ahorcaron á mi madre en Ryhurn para dar á dos mil hombres la diversion de verla en el cadalso. Bien pudieran haberla dejado vivir, porque era muy desgraciada.

— Es una historia muy triste, dijo M. Chester con una sonrisa llena de condescendencia. Supongo que tu madre seria muy hermosa.

— ¿Veis este perro? dijo Hugo bruscamente.

— Parece que es fiel é inteligente, respondió M. Chester mirando al perro con el lente. Los animales virtuosos, ya sean hombres, ya sean perros, son siempre muy feos.

— Este perro, ahí donde le veis, fué el único sér viviente que exhaló gritos plañideros aquel día, dijo Hugo. De dos mil hombres y aun mas, porque la multitud era mas numerosa por ser mujer la que ahorcaban, el perro y yo fuimos los únicos que manifestamos dolor. Si en vez de ser perro hubiera sido hombre, no se hubiese entristecido con su muerte, porque en su miseria le dejaba casi morir de hambre; pero no era mas que un perro, y como no tenia naturalmente los sentimientos de un hombre, sintió un agudo dolor.

— Fué una estupidez de perro, dijo M. Chester, muy digna de un perro tan feo como él.

Hugo no contestó, y silbando al perro, que acudió al momento dando saltos de alegría, saludó á su amigo, á su simpático protector.

— Dios te guarde, amigo mio, dijo M. Chester. No olvides que por mí estás seguro, completamente seguro. Mientras lo merezcas, y espero que lo merecerás siempre, tendrás en mí un amigo con cuyo silencio puedes contar. Reflexiona, pues, lo que haces y calcula á lo que te expones. Adios.

Hugo, intimidado por el sentido oculto de estas palabras, se dirigió á la puerta con una actitud tan sumisa y tan diferente del aire de maton con que habia entrado, que M. Chester se sonrió mas que nunca cuando se quedó solo.

— Y sin embargo, dijo tomando un polvo, siento que hayan ahorcado á su madre. Ese muchacho tiene buenos ojos, y estoy seguro de que era hermosa. Pero ¿quién sabe? Probablemente sería una mujer vulgar, con narices rojas y piés como barcas. Tal vez la hicieron un favor ahorcándola.

Despues de esta reflexion consoladora, se puso la casaca, dirigió una mirada de despedida al espejo y llamó al criado.

— ¡Puf! dijo M. Chester, la atmósfera que ese centauro me ha traído estaba apesada; huele á heno y á cuadra. Entra, Peak. Trae agua de olor y riega el suelo; toma la silla en que ha estado sentado y sácala á que le dé el aire. Salpícame tambien con esa esencia. ¡Qué hedor!

El criado obedeció, y purificados el aposento y el amo, M. Chester, pidió el sombrero, se lo colocó graciosamente debajo del brazo, bajó al patio, donde le esperaba la silla de manos, y salió á la calle cantando entre dientes una cancion de moda.

XXIV.

Nuestros lectores podrán figurarse, sin hacer un esfuerzo de imaginacion, cómo pasó este caballero distinguido la noche en medio de un círculo brillante y deslumbrador; cómo encantó á cuantos le hablaron con la gracia de su exterior, la finura de sus maneras, la amenidad de su conversacion y la dulzura de su voz; cómo se reparó en cada ángulo del salon que Chester era un hombre de buen humor, que nada le apesaraba, que los cuidados y errores del mundo no le pesaban mas que su casaca, y que su rostro risueño reflejaba constantemente un alma serena y tranquila; cómo algunas personas honradas, que por instinto le conocian mejor, se inclinaron sin embargo ante él, escuchando con deferencia todas sus palabras y buscando el favor de una de sus miradas; cómo otras personas bondadosas se dejaron llevar por la corriente, le lisonjearon, le adularon, le aprobaron y se despreciaron á sí mismas por tanta bajeza; y finalmente, cómo fué uno de esos que son recibidos y obsequiados en la sociedad por muchas personas que individualmente se hubieran alejado con repugnancia del que era en aquel momento objeto de sus atenciones.

Los que desprecian á la humanidad, no hablo de los imbéciles ó de los farsantes, son de dos clases: unos creen que se desprecia ó desconoce su mérito, y otros reciben la lisonja y la adulacion convencidos de que no las merecen. Estad seguros de que los misántropos, que tienen el corazon mas frio, pertenecen siempre á la segunda clase.

M. Chester estaba sentado en la cama al dia siguiente y tomando su taza de café con leche, y recordaba con una especie de satisfaccion menospreciadora cómo habia brillado la noche anterior y habia sido acariciado y obsequiado, cuando su criado entró á entregarle una hoja de papel muy sucio puesto dentro de un sobre cerrado con dos obleas. Era un billete escrito con letras enormes que decia:

« Un amigo. Se desea una entrevista. Inmediatamente. En particular. Quemad la carta despues de leerla. »

— ¿Quién te ha entregado esta carta? dijo M. Chester.

— Una persona que espera en la puerta, respondió el criado.

— ¿Con una capa y un puñal?

— Esa persona no lleva nada amenazador, segun me ha parecido, á no ser un mandil de cuero y una cara sucia.

— Que entre.

Y entró aquella persona.

Era Simon Tappertit con sus cabellos erizados y llevando en la mano una gran cerradura que dejó en el suelo en medio de la sala, como si se preparase á ejecutar alguna representacion en que debiera figurar una cerradura.

— Caballero, dijo Tappertit haciendo un profundo saludo, os doy las gracias por vuestra condescendencia y me alegro de veros. Perdonad el empleo servil á que estoy condenado, y extended vuestra simpatía hasta un

hombre que á pesar de su humilde apariencia, trabaja interiormente en una obra muy superior á su rango social.

M. Chester apartó el cortinaje de la cama y contempló á Simon con una vaga sospecha de que tenia en su presencia un maniático, que no tan solo habia forzado la puerta de su habitacion, sino que se habia llevado además la cerradura.

Tappertit volvió á saludar y se colocó en la actitud mas ventajosa para ostentar el mérito de sus piernas.

— ¿Habeis oído hablar, caballero, dijo Simon llevándose la mano al pecho, de G. Varden, herrero; *coloca las campanillas y ejecuta con prontitud las reparaciones en la ciudad y en el campo*; Clerkenwell, Londres?

— Sí; ¿y qué?

— Soy su aprendiz, caballero.

— Bien; ¿y qué?

— ¿Me permitiréis, caballero, que cierre la puerta, y os dignareis además, caballero, darme vuestra palabra de honor de que guardareis eterno secreto de lo que va á hablarse entre los dos?

M. Chester volvió á acostarse con calma, y volviendo el rostro, en el que no se traslucia la menor inquietud hácia la extraña aparicion que habia cerrado en tanto la puerta, suplicó al desconocido que se explicase tan razonablemente como le fuera posible.

— En primer lugar, caballero, dijo Tappertit sacando un pañuelo y agitándolo para desplegarlo, como no tengo tarjetas de visita, pues la envidia de los amos no nos lo consiente, permitid que os enseñe lo que en cierto modo puede hacer las veces de tarjeta. Si os dignais tomar este pañuelo, caballero, y mirar la punta que está á vuestra derecha, dijo Tappertit entregándole el lienzo sucio de carbon, encontrareis mis credenciales.

— Gracias, respondió M. Chester tomando el pañuelo con finura, y mirando en uno de los ángulos algunas letras de color de fuego que decian: *Cuatro. Simon Tappertit. Uno. ¿Es esto?*

— Es mi nombre, caballero. No hagais caso de los números, repuso el aprendiz, pues solo están aquí para guiar á la lavandera, pero sin tener conexion alguna conmigo ni con mi familia. Presumo que vuestro nombre es Chester, dijo Tappertit mirando fijamente el gorro de dormir del noble. No teneis necesidad de quitároslo. Gracias, caballero. Ya veo las iniciales E. C., y por ellas deduzco lo demás.

— Permitad que os haga una pregunta, señor Tappertit, dijo M. Chester. ¿Esa pieza complicada de cerra-

jerfa que me habeis hecho el favor de traer aquí, tiene alguna conexion inmediata con el negocio que vamos á discutir?

— No tiene ninguna, caballero, respondió el aprendiz; iba á colocarla en la puerta de un almacen en Tames-Street.

— Pues si es así, dijo M. Chester, como despide un perfume de grasa y aceite algo mas subido del que acostumbro á respirar en mi cuarto ¿tendreis la bondad de dejarla fuera de la puerta?

— Con mil amores, caballero, dijo Tappertit apresurándose á acceder á este deseo.

— Supongo que me perdonareis la libertad.

— Caballero, os suplico que no os excuseis. Podemos, pues, hablar de nuestro negocio.

Durante este diálogo, M. Chester habia mirado al aprendiz con su sonrisa y amabilidad habituales, y Simon Tappertit, que tenia de sí propio una opinion muy superior para sospechar que nadie del rey abajo pudiera divertirse á su costa, creyó reconocer en esta sonrisa el respeto que le era debido, é hizo de esta conducta cortés de un extraño un parangon que no era del todo favorable á la del digno herrero, su amo.

— Por lo que sucede en nuestra casa, dijo Tappertit, estoy enterado, caballero, de ciertas relaciones que vuestro hijo sigue contra vuestra voluntad con una señorita. Vuestro hijo no se porta bien conmigo, caballero.

— Señor Tappertit, dijo M. Chester, lo siento en el alma.

— Gracias, caballero, repuso el aprendiz. Diré mas aun; vuestro hijo es muy orgulloso.

— Mucho me lo temo, amigo mio; os diré que lo sospechaba, pero vuestro testimonio no me permite ya dudar.

— Necesitaria un tomo en folio para contar los bajos servicios que he tenido que hacer por vuestro hijo, caballero, dijo Tappertit; las sillas que he tenido que acercarle, los carruajes que he ido á buscarle y las numerosas tareas degradantes y sin la menor conexion con mi contrato de aprendizaje que he tenido que sufrir por él. Por otra parte, caballero, ¿qué es al fin y al cabo mas que un jóven como yo? ¿Creeis que basta con decir: « Gracias, Simon? »

— Señor Tappertit, teneis una penetracion superior á vuestra edad. Tened la bondad de continuar.

— Gracias por la buena opinion que habeis formado de mí, caballero, dijo Simon muy engreído; yo trataré de justificarla. Pues bien, caballero, á causa de estos agravios y tal vez por una ó dos razones que es inútil declararos, hago una alianza con vos y os digo: Mientras vayan y vengán recados, cartas y confidencias del Maypole, no podreis impedir que vuestro hijo tenga relaciones con esa señorita, aunque vigilen de dia y de noche todos los soldados de S. M., de riguroso uniforme desde el primero al último.

Tappertit se detuvo para tomar aliento despues de esta hipótesis, y continuó:

— Pasaré ahora, caballero, al punto capital. Me preguntareis: ¿y cómo podemos impedirlo? Voy á deciroslo. Si un noble tan bueno, tan amable, tan fino como vos...

— Señor Tappertit, esas lisonjas...

— No, no; hablo formalmente, repuso el aprendiz, os lo juro por mi honor. Si un noble tan bueno, tan amable y tan fino como vos consintiera en hablar tan solo diez minutos con la señora Varden mi ama y lisonjearla un poco, sería vuestra para siempre, y conseguiríamos además otro resultado, y es que su hija Dorotea (el rostro de Tappertit se puso encendido como una grana al pronunciar este nombre) no tendria en adelante permiso para servir de confidente entre los amantes; pero no lo conseguiremos mientras no tengamos á la madre de nuestra parte. Tenedlo entendido.

— Señor Tappertit, vuestro conocimiento del corazon humano...

— Esperad un momento, dijo Simon cruzándose de brazos con una calma aterradora. Llego ahora al punto mas capital. Caballero, existe en el Maypole un malvado, un monstruo en figura humana, un vago consumado, un perdido, y si no os desembarzais de él, si no le haceis al menos secuestrar ó hundir en una mazmorra, nada conseguireis, porque estad seguro de que casará á vuestro hijo como si fuera el arzobispo de Cantorbery en persona. Lo hará, señor, aunque no sea mas que por el malicioso odio que os tiene, además del placer de cometer una mala accion que basta para remunerarle todo lo que trabaje. Si supiérais cómo ese pillo, ese José Willet, que así se llama, va y viene á nuestra casa difamándonos, denunciándonos, y cómo me estremezo cuando le oigo, le aborreceréis aun mas que yo, dijo Tappertit con ademán feroz erizando sus cabellos que parecian ya puas de erizo y haciendo rechinar los dientes como si quisiera desmenuzar á su enemigo con sus mandíbulas.

— ¿Es una venganza particular, señor Tappertit?

— Venganza particular, caballero, ó interés público ó ambas cosas á la vez, importa muy poco; el caso es que le aniquileis, respondió Tappertit. Miggs opina como yo. Miggs y yo no podemos tolerar todas esas conspiraciones subterráneas que repugnan á nuestros corazones. Tambien están en el negocio Bernabé Rudge y su madre, pero el jefe principal es ese infame José Willet. Miggs y yo estamos enterados de sus planes, y si deseais adquirir datos no teneis mas que consultarnos. ¡Muera José Willet! Destruidle, aplastadle y hareis una obra meritoria.

Y pronunciando estas palabras, Tappertit que parecia no esperar contestacion y considerar como una con-

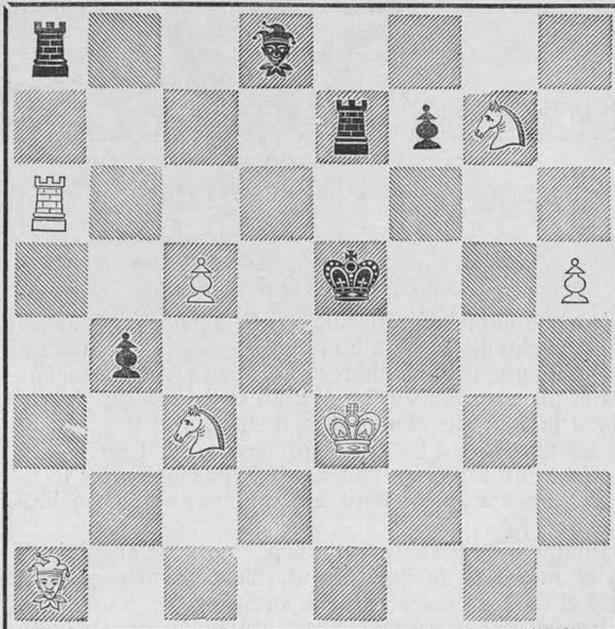
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 336

- 1 P 4ª Ra T toma A
- 2 P 4ª A Ra jaque Ra toma P (forzado)
- 3 Ra 2ª CR jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 337, POR M. R. B. WORMALD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en dos jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables,

X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

secuencia necesaria de su elocuencia que su oyente se quedase absorto, mudo de admiración, reducido al silencio y anonadado, se cruzó de brazos de manera que la palma de cada mano se quedó pegada en el hombro opuesto, y desapareció con el ademán de esos consejeros misteriosos que había visto pintados en los libros de cuentos ilustrados con láminas.

— Este mozo, dijo M. Chester riendo cuando vió que había salido, puede ser un auxiliar precioso. Veo que puedo dominar completamente mi fisonomía cuando no he prorrumpido en una carcajada. Sin embargo, ese mozo ridículo confirma mis sospechas. Hay circunstancias en que algunos instrumentos defectuosos valen para el uso que se quiere hacer de ellos mas que los instrumentos perfectos. Temo que voy á verme en la necesidad de hacer un grande estrago entre esas buenas gentes. ¡Triste necesidad! Estoy desconsolado por ellos.

Después de hacer esta reflexión se adormeció poco á poco, y quedó al fin sumido en un sueño tan pacífico y agradable, que parecía un niño á quien mecen en la cuna.

XXV.

Dejaremos al hombre favorecido, bien recibido y lisongeado por el mundo, al hombre de la sociedad mas mundana que nunca se comprometió faltando al código del noble, que nunca fué culpable de una acción viril, durmiendo en su cama con rostro risueño, porque hasta en el sueño conservaba su sonrisa hipócrita y calculada, y seguiremos á dos viajeros que se dirigian lentamente á pié hacia Chiqwell.

Eran Bernabé y su madre.

Como es de suponer les acompañaba Gripp.

La viuda, á quien cada penosa milla parecía mas larga que la anterior, seguía su camino triste y cansada, pero Bernabé cediendo á todos los impulsos del momento, corría por todos lados, ora dejándola muy atrás, ora siguiéndola desde lejos, ya penetrando en alguna senda mientras su madre continuaba sola su camino, ya apareciendo otra vez entre unas matas y acercándose á ella lanzando un grito de triunfo y alegría, según las inspiraciones de su fantástico y caprichoso carácter. Unas veces la llamaba desde las ramas mas elevadas de los árboles mas altos del borde del camino; otras veces, sirviéndose del palo á modo de percha para saltar, cruzaba una ancha zanja ó un vallado, y con frecuencia corría por el camino á larga distancia para jugar con Gripp en el césped hasta que llegaba su madre. Estas correrías eran sus delicias, y cuando su paciente madre oía su voz ó contemplaba su rostro animado y lleno de salud, no se atrevía á interrumpir con una triste palabra ó con una queja sus diversiones, aunque la alegría que daba tanto placer á su hijo era para ella origen de penosas reflexiones.

Es grato sin embargo presenciar el espectáculo de la alegría libre é impetuosa á la faz de la naturaleza, aunque sea la alegría desordenada de un loco; es grato

saber que el cielo ha dejado un sitio para el contento en el pecho de semejante criatura, y es grato en fin el ver que aunque los hombres destruyen en sus semejantes el placer y la alegría, el gran Creador de la humanidad la concede al mas humilde, al mas despreciado de los mortales. ¿Quién no preferiría ser testigo de la dicha de un idiota en pleno sol á presenciar las terribles angustias del hombre mas sensato en una tenebrosa cárcel?

Hombres de lúgubre austeridad, vosotros cuyo pincel da al rostro de la bondad infinita un continuo ceño, leed el libro eterno abierto á vuestros ojos y aprended la lección que os enseña. Sus pinturas no tienen matices negros y sombríos sino tintas bellas y deslumbrantes, y su música no consiste en suspiros y gemidos, sino en canciones y alegres acordes. Escuchad esos millores de voces en el aire durante el verano, y buscad una sola tan lamentable como la vuestra. Recordad si es posible, el sentimiento de esperanza y de placer que cada nueva aurora despierta en el pecho de todos vuestros semejantes que no han adulterado su naturaleza, y aprended alguna cosa sabia hasta en los pobres de espíritu cuando sus corazones laten sin saber por qué á impulso de la alegría y la dicha que les trae el día con su aurora.

El seno de la viuda estaba abrumado por la inquietud

y por un secreto terror, pero el alborozo de su hijo la regocijaba y hacia llevaderos los disgustos de aquel largo viaje.

Algunas veces el idiota la invitaba á apoyarse en su brazo y permanecía tranquilo á su lado durante un breve trecho, pero le gustaba mas correr de un punto á otro, y ella sentía mas placer en verle libre y feliz porque le amaba mas que á sí propia.

Se había ausentado del punto adonde se dirigian después del acontecimiento que había trocado toda su existencia, y durante veinte y dos años no había tenido valor para volver á visitarlo. Era su aldea natal. ¡Qué multitud de recuerdos se agolpó á su mente cuando distinguió las casas de Chiqwell!

¡Veinte y dos años! Toda la vida y toda la historia de Bernabé.

(Se continuará.)

## Bellas Artes.

Hé aquí una curiosidad artística de un valor inapreciable, puesto que constituye uno de los mas curiosos monumentos de la pintura de la India.

El *Krishnah*, que así se llama este cuadro, perteneciente á la magnífica colección del Louvre, fué enviado de la India por lord Elphinstone, antiguo gobernador de Madras, á su amigo el conde Alfredo de Orsay, quien lo regaló al Museo.

Su descripción es la siguiente:

El *Krishnah*, divinidad india, está representado en un cuadro de tres pies de ancho sobre cuatro de altura. Sentado en una especie de tablado, el *Krishnah* parece estar recibiendo los homenajes de una mujer de color de ambar mate. La pintura, de un acabado perfecto, recuerda el estilo primitivo del Giotto, artista italiano del siglo XIII. Además, el cuadro en cuestión ofrece otra semejanza mas singular aun; parece tambien de la escuela bizantina, aquella suntuosa escuela á la que se debe la mezquita de Santa Sofía, elevada en 537 por el escultor Antemio de Tralles. Pero es verdad que en este cuadro indio el retrato de Krishnah deja muy atrás las prodigalidades de la pintura bizantina. En lugar de estar solamente realizado con oro natural, el *Krishnah* lleva al cuello un collar de perlas finas, en su cabeza una diadema de rubíes y esmeraldas, y tiene pendientes de zafiros, uno de ellos de una pulgada de largo.

Las telas, fondo de oro, están esmaltadas de flores en arabescos de un primoroso trabajo y del gusto mas fino. La orla es digna del cuadro. Los ojos se deslumbran ante tanta riqueza. El marco desaparece completamente bajo unas pequeñas placas prismáticas de cristal de roca talladas é incrustadas de gruesos granates ovalados.

Tal es la obra que representa exactamente nuestro dibujo.

C. DE B.



BELLAS ARTES. — El *Krishnah*, pintura india.